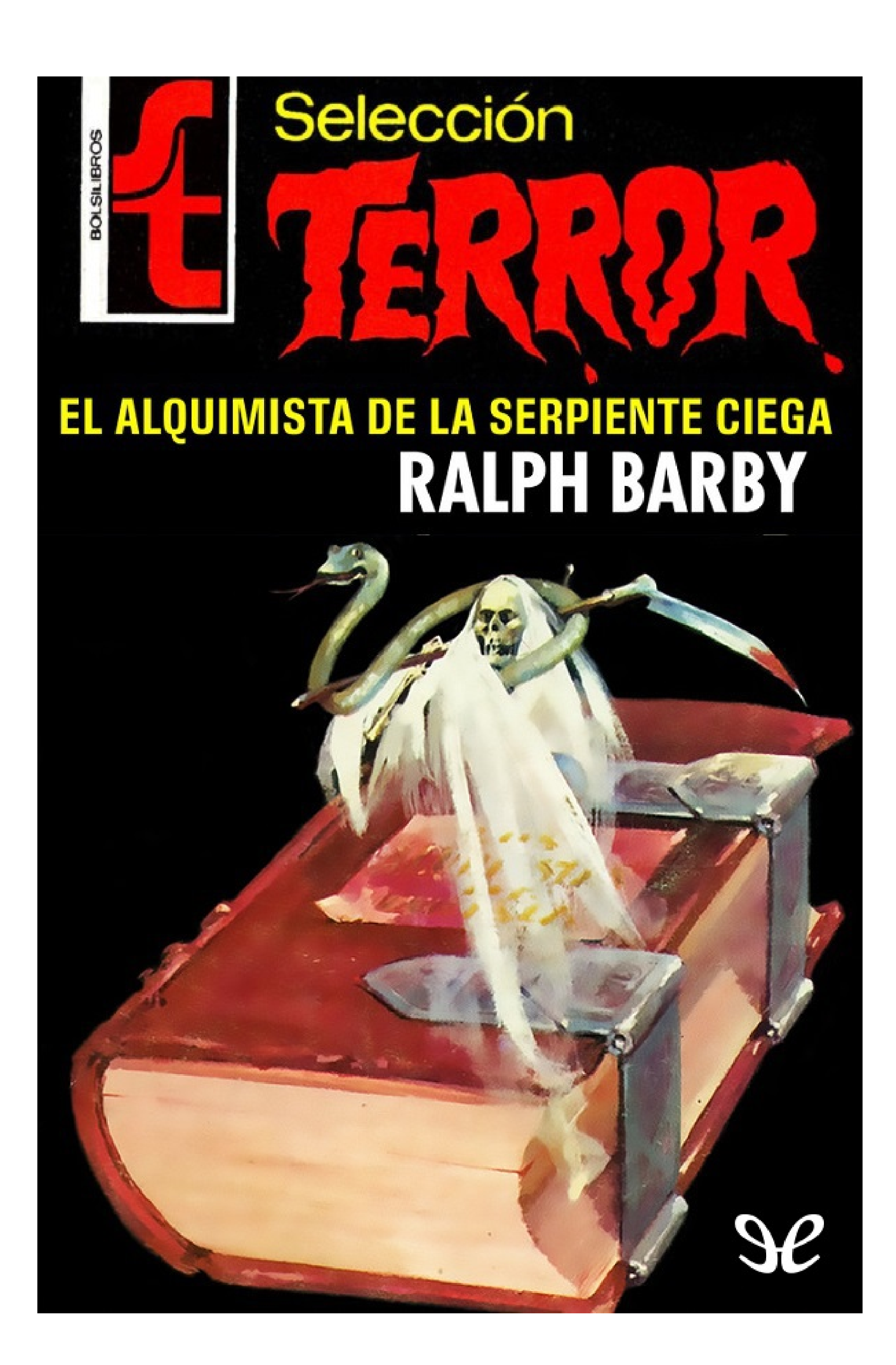


BOLSILIBROS
Selección
TERROR
EL ALQUIMISTA DE LA SERPIENTE CIEGA
RALPH BARBY

«Su boca, de ostensibles dientes, estaba manchada de sangre.

McSimons siempre se había dicho a sí mismo que podría ser un buen agente porque carecía de miedo, pero en aquella ocasión, observado por unos ojos sin pupilas, sintió un terrible escalofrío por todo el espinazo que, de inmediato, le produjo un sudor frío que empapó la ropa en su espalda.

Ya jamás podría decirle a nadie que no conocía el miedo».



Ralph Barby

# El alquimista de la serpiente ciega

## Bolsilibros: Selección Terror - 128

**ePub r1.2**
**xico_weno** 31.08.16

Título original: *El Alquimista de la Serpiente Ciega*
Ralph Barby, 1975
Ilustraciones: Alberto Pujolar

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2




SELECCION
TERROR

# CAPÍTULO PRIMERO

El Half Moon era un local de la más ínfima categoría.

Allí acudía la escoria de la sociedad, allí se reunía una especie de inframundo que producía arcadas incontenibles sólo verlo, olerlo o simplemente oírlo.

El Half Moon, anunciado pomposamente con un rótulo en la marquesina de entrada, era un *night club*, pero de club tenía poco. Era difícil su clasificación, incluso para las autoridades que lo habían clausurado en diversas ocasiones. Pero el local siempre terminaba por abrirse, volviendo a las andadas.

Allí había mujeres que aguardaban y hombres que llegaban; músicos frustrados y escasa luz.

La policía sabía bien que aquél era un reducto de facinerosos y criminales y había llegado a tener sus soplones dentro para enterarse de forma supuestamente anónima de algunos delitos que se preparaban, casi siempre de poca monta.

Pero los soplones siempre acababan descubiertos y al poco aparecían muertos en los lugares más dispares: ahogados, acuchillados, estrellados en automóviles robados, siempre muy lejos del Half Moon.

El inspector Hastings, de Scotland Yard, le tenía echado el ojo al Half Moon.

Quería no sólo clausurarlo, sino obtener una orden de demolición total del edificio para que aquel nidal de ratas nauseabundas desapareciera para siempre, pero aquello no era fácil.

Había leyes, leyes que protegían al ciudadano y que en cierto modo coartaban la labor de la policía.

No había sido posible demostrar que ningún crimen se hubiera cometido en aquel lugar, ni siquiera robos, pues quien robaba en el Half Moon encontraba un severo castigo y no a manos de la ley

precisamente, la cual habría sido más benévola.

Allí, las cuentas se arreglaban en el silencio de los callejones húmedos y plagados de ratas.

No se pedía para nada la intervención de la policía y siempre que el inspector Hastings había requerido una orden del juez para hacer una inspección del local, con la consiguiente redada, el juez se la había entregado a regañadientes.

Nunca aparecía demasiado justificada la petición, puesto que el inspector Hastings no hallaba motivo sólido para la misma. Al final, siempre acababan metiendo en la cárcel a unos cuantos drogadictos, pero no traficantes de drogas, pues si allí había estupefacientes almacenados, ni los hombres de Scotland Yard ni sus perros adiestrados habían conseguido hallarlos.

También pasaban algunas horas en la cárcel mujerzuelas, chulos, tipos que no podían justificar medios de vida y alcohólicos, además de las consabidas bailarinas de *strip-tease*, que por ostentar el Half Moon calificación de club, tenían permiso para actuar en sus números especiales de exhibicionismo.

Nunca habían encontrado nada gordo, nada interesante, nada que le permitiera presentarse ante el juez con una sonrisa de satisfacción y decirle: «¿Lo ve, señor juez? Yo tenía razón».

En el Half Moon sólo se atrapaban ratas de cloaca de escaso relieve y el inspector Hastings tenía aquella espina clavada en su espíritu profesional. Estaba seguro de que algunos de los crímenes que se cometían en otros plintos de la City, Incluso fuera de ella y mucho más lejos, tenían que ver con el Half Moon.

El club no tenía un dueño único, sino que era propiedad de una sociedad de accionistas.

Eran unas acciones mínimas, de cinco libras, y había sido inútil intentar reunir a los accionistas para que vendieran sus participaciones al municipio para que éste derruyera el edificio y dedicara el solar a zona verde, que tanta falta hacía en aquel lugar húmedo, hediondo, angosto y en noches sin luna, sobrecogedor.

Los pocos accionistas que en ocasiones se había logrado reunir, habían resultado en su mayor parte hampones de la más ínfima categoría y sus acciones habían sido obtenidas por herencia más o menos directa, pues corría la voz de que quienes poseían dichas acciones debían de legarlas en herencia, nunca venderlas.

Era una especie de ley no escrita en ninguna parte pero que todos los accionistas conocían y respetaban, pues algunos que las habían vendido, poco después aparecían muertos en las formas más extrañas.

No obstante, estaba estipulado que durante todo el mes de enero de cada año podían pasar a cobrar sus ganancias y así se hacía puntualmente. Pero las acciones eran tantas, tan repartidas estaban y su valor resultaba tan pequeño, que eran pocos los que en el mes de enero de cada año pasaban a recoger sus ganancias, apenas unos cuantos miserables de aquel submundo, que se veían sin un penique y acudían a cobrar.

En el noventa por ciento de los casos, esto no sucedía y aquel local funcionaba sin problemas económicos. Para los más, la acción que poseían les servía como carnet acreditativo para ser tratados en el Half Moon como clientes preferentes.

El gerente del club era un tipo extraño, silencioso, temido dentro de aquel inframundo y al que apodaban Velatorio, quizá por el color de su piel, quizá porque tenía otro negocio a las afueras de la city, junto a la carretera que conducía a Southampton.

Aquel negocio no era de accionistas, sino que le pertenecía en su totalidad y estaba completamente en regla.

Se trataba de una funeraria especializada en la incineración de cadáveres y se contaba de él que hacía trabajos especiales, pero Scotland Yard Jamás le había podido probar nada ilegal.

Velatorio tenía dos empleados fijos en su funeraria-incineradora.

En ocasiones, si la ceremonia lo requería porque los familiares del difunto eran muy pudientes, contrataba a empleados que solía sacar del Half Moon tras hacerles tragar, seguidas y casi sin respirar, media docena de tazas de café.

Algunos de ellos habían sido sepultureros o pertenecido a esta rama profesional en distintos puntos del Reino Unido y otros países de la Commonwealth.

Los vecinos del Half Moon habían elevado muchas quejas al municipio que habían terminado estrellándose contra la burocracia legal. Siempre que el local estaba en pleitos, aparecían los más afamados abogados que lo defendían, cobrando espléndidos emolumentos.

Los vecinos, ante la inutilidad de sus protestas, habían ido

emigrando de las inmediaciones del lugar y los pisos, apartamentos y habitáculos que rodeaban el local se habían desvalorizado, siendo ocupados por gente miserable.

Muchos de aquellos habitáculos eran empleados como prostíbulos clandestinos a los que acudían provincianos, extranjeros de escaso poder económico y marineros que se acercaban a la city desde Southampton, donde atracaban sus barcos, de las más variadas banderas.

El inspector Hastings, debido a la peculiaridad del *night club* y a cuanto le rodeaba, había conseguido colocar a dos policemen fijos de guardia durante las noches, no juntos ni emparejados, pero en sus respectivas rondas se cruzaban cada hora Justo delante del Half Moon; se contaban las novedades habidas y nunca se separaban más allá de lo que alcanzaban sus silbatos de alarma.

La construcción del edificio donde se ubicaba aquel antro llamado Half Moon se perdía en el tiempo y en los avatares de la historia.

Se sabía que el local estaba dividido en dos plantas, una a nivel de la calle y otra que era sótano y donde se solía jugar a los naipes.

Bajo el sótano había una bodega antiquísima que sólo se empleaba en una décima parte por las dificultades que entrañaba llegar hasta ella y por la inseguridad que ofrecían sus techos, aunque las paredes eran de bloques graníticos que debían de hablar de una construcción milenaria.

En voz baja se comentaba que allí había más, mucha más profundidad e incluso había galerías a un nivel más bajo que el de las propias cloacas conocidas. De interrogar a los dirigentes de las subdivisiones de colectores, éstos acabarían admitiendo que había cloacas tan primitivas que se perdían en los orígenes de la misma ciudad y que muchos de sus trazados se desconocían por no comunicarse con los colectores más modernos.

No planteaban problemas porque en muchas ocasiones se hallaban totalmente anegadas de aguas de lluvias o aguas procedentes de filtraciones de colectores extendidos a niveles más altos.

De vez en cuando, al efectuar excavaciones para levantar grandes edificios y ubicar bajo los mismos dos o tres subsótanos para aparcamiento de vehículos, se descubrían colectores en desuso

y que quedaban seccionados por las construcciones. Se taponaban sus bocas con hormigón para impedir filtraciones a los sótanos-garaje de los modernos edificios.

Se rumoreaba que hasta lo mismo había ocurrido en los cimientos del nuevo Scotland Yard, pero en todo momento, las autoridades habían hecho oídos sordos a tales comentarlos, puesto que tampoco había modo de comprobarlo.

Los hampones, que para huir de la policía o de situaciones apuradas, habían tenido que escapar por los laberínticos corredores del subsuelo plagado de ratas, aguas negras y detritos, habían temido dar con una de aquellas ramificaciones que podían conducirles a las primitivas, misteriosas y siniestras cloacas de las que se contaban historias horripilantes en las tabernas ribereñas del Támesis, adonde acudía la marinería y gente inestable, donde las palabras se barbotaban paradójicamente con temor e impregnadas del hedor agrio a cervezas y *whiskys* baratos.

Controlar todo aquel submundo no era tan fácil como controlar el cielo de la city, pues aunque había costado cuatro lustros desterrar el smog, ahora aparecía bastante limpio.

Aquel submundo seguía tan misterioso, repugnante y siniestro como pudo serlo en el Medioevo y el inspector Hastings tenía la idea fija, no confesada, de que en el Half Moon había una puerta que daba a aquel submundo en el que desaparecían delincuentes que la ley no conseguía capturar, y en el que también desaparecían muchachas, niños y hombres de los cuales jamás se volvía a saber nada.

Por ello, albergaba el más o menos secreto afán de destruir el Half Moon para colocar allí un tapón de zona verde donde los niños pudieran Jugar, cubriendo aquel submundo que se veía incapaz de controlar pese a las inspecciones que se habían realizado y que siempre habían dado resultados muy pobres.

En la barra del sótano se hallaba Laly la Gorda que, paradójicamente, estaba tan delgada que su piel se pegaba a los huesos, formando grandes bolsas vacías que cuando se resecaban, se le abrían en largos y desagradables cortes que tenía muchas dificultades en curar.

Aquella situación la había convertido en una asidua paciente del hospital de sangre.

Laly la Gorda cenia aquel apodo no por burla sutil, sino porque en cierta época de su vida había rebasado los cien kilos de peso.

Aquella gordura le había valido algunos contratos para interpretar en los pequeños escenarios de los clubs nocturnos números satírico-eróticos que habían hecho reír al público más que otra cosa.

Pero su número había ido perdiendo interés y ella, dinero, rebajándosele los contratos hasta que prácticamente dejó de salir al escenario entre los silbidos del heterogéneo público.

A partir de aquellos días, había ido enflaqueciendo de tal modo que daba asco mirarla, pero continuaban apodándola La Gorda.

A lo largo de su vida había hecho toda clase de trabajos, a cual más sucio y reprochable. Había pasado un montón de veces por la cárcel y pagado muchas multas.

Laly la Gorda era una cliente muy interesante para los fabricantes de maquillajes y cosméticos baratos, pues se untaba hasta lo indecible para disimular sus pellejos, su fealdad natural.

Ya no se aplicaba el maquillaje con las yemas de los dedos ni con pincel, sino con una paletilla de pintor que le había robado a un pintor tan miserable como ella en el mercado de Portobello.

—Vamos, sírveme un doble con lo que tú ya sabes —pidió Laly al hombre del mostrador, que tenía los ojos grandes y redondos como los de un búho, quizá por haberse pasado la mitad de su vida en aquel sótano mal iluminado y lleno de humo, sin ver apenas el sol.

Christopher, que debía de tener otro nombre enterrado en cualquier parte de su cerebro, pues no era anglosajón y si no turco, debía de ser armenio, miró a Velatorio.

El gerente del Half Moon dibujó una rara sonrisa y casi resbalando por el suelo lleno de colillas, se acercó a la mujer sin que ésta apenas se diera cuenta de ello.

—¿Qué te sucede, Laly?

—Ah, eres tú, Velatorio. ¿Sabes una cosa? Tengo los huesos helados. Afuera hace un frío que la pone a una de mala uva.

Christopher, el mozo, seguía mirando a Velatorio interrogante. Éste tenía que decirle si servía a la vieja arpía o no.

—A nosotros no nos importa que tus huesos se congelen, Laly. Ya te dije que no volvieras por aquí. Escoge el cementerio que más

te guste y métete dentro de un nicho, ahorrarás trabajo a los sepultureros y de esta forma habrás dejado de ensuciar este mundo con tu presencia.

Era difícil, por no decir imposible, que a Laly se le subieran los colores.

Había hecho de todo en su vida, no había perversidad o canallada que ella no hubiera llevado adelante para ganarse unas libras, pero entro otras cosas, no se le podía enrojecer el rostro porque tenía más de un dedo de maquillaje que le ocultaba la piel.

—¿Sabes una cosa. Velatorio?

—No tengo tiempo para escucharte —replicó con su voz sibilante, que no se alzaba de tonos y que en ocasiones resultaba meliflua, especialmente viniendo de un tipo que, como él, tenía que plantar cara a muchos hampones que no dudaban en desnudar el acero de sus navajas.

—Eres un hijo de zorra, bastardo de hiena y nacido en noche sin lima, por eso tienes esa cara y ese color de piel.

—Laly, te estás poniendo pesada —musitó sin ira—. Ya te lo dije hace tiempo, ¿cuánto, cinco años, acaso seis? Y sigues viniendo por aquí.

—Me debéis muchos favores. He hecho que vengan muchos chicos aquí, os he traído material.

—Tú ya no eres nada aquí, absolutamente nada.

—Tengo una acción de este antro.

—Entonces, compórtate como un cliente más y paga tus consumiciones. Si no pagas, te largas. En cuanto a la acción, para enero, si vas mal de fondos, te pagaré tus ganancias.

—Te vendo la acción.

Velatorio volvió a sonreír, ahora más fríamente, cortando ya aquel encuentro que sin lugar a dudas le resultaba molesto.

—Esas acciones no se venden ni se compran, lo sabes.

—Yo sé que algunos, por bajo mano, se las venden. —Le guiñó un ojo intencionadamente y se le torció una de las baratas y abultadas pestañas postizas—. Yo misma la compré.

—Allá tú. Yo no las compro, trae mala suerte.

—Eso se dice, pero yo no lo creo.

—¿Ah, no? Pues mírate al espejo y verás si te ha traído buena suerte.

—Eres agrio, mal intencionado, tienes mala uva, pero yo no tengo mucha mejor que tú y si no me sirve ese imbécil que se llama Christopher, puedo irme de la lengua y eso sí que vale mucho más que una acción de este inmundo antro. Tengo muchas cosas guardadas aquí. —Se oprimió la prominente nuez de su garganta entre los dedos pulgar e índice—. Si suelto todo el pus que tengo aquí, te aseguro que la policía se va a frotar las manos de gusto.

—Mira por dónde, eso sí vale dinero, Laly, mucho dinero. —Se volvió hacia Christopher—. Sírvele doble de lo que ha pedido.

—En seguida. Velatorio.

Christopher había captado un gesto especial que hizo el gerente del local, que era lo mismo que decir el propietario, aunque a efectos legales no lo era.

Preparó el ron mientras Velatorio distraía la mirada de Laly hacia la pequeña pista donde un negro jamaicano brincaba al ritmo de un bongo. Algunas *ladies* burguesas se estremecían contemplándolo junto a sus maridos, pues posiblemente habían acudido allí sólo para dar un vistazo al inframundo que se les ofrecía en el local.

Laly tomó el vaso cargado, y no sólo de ron.

Christopher mostró unos dientes largos y afilados a Velatorio como para indicarle que había cumplido su silenciosa orden.

La vieja Laly tenía el paladar tan atrofiado como la garganta, de la que escapaba una voz cavernosa y desagradable. Se bebió el contenido del vaso de un solo trago y masculló después:

—Sabe mal. Cada día servís peor a los amigos.

—Ven conmigo, Laly. Tengo algo mejor que te gustará más.

La mujer, creyendo que con sus amenazas había conseguido si no dominar, si achicar la dureza y altanería de Velatorio, se dejó conducir, moviendo unas caderas patéticas, unas caderas que sólo eran huesos.

Descendieron por una angosta escalera de caracol. Velatorio dio a un conmutador y en el subsótano se encendió una triste y amarillenta bombilla. Allí no había más luz que aquélla.

Se respiraba una profunda y desagradable humedad y se escuchaba el gotear de agua en alguna parte. Unas ratas chillaron al correr de una parte a otra, sorprendidas por la luz eléctrica.

Laly la Gorda estaba muy lejos de asustarse de un lugar sombrío

y menos de estar a solas con un hombre, aunque ese hombre fuera el propietario de una funeraria.

—Con que aquí guardas el néctar de los dieses, ¿eh? —preguntó dándole un codazo en el hígado que Velatorio acusó con un respingo de malhumor.

La mujer se sentía cada vez más eufórica. Notaba calor y frío al mismo tiempo y sin que supiera por qué, las formas y los colores comenzaban a distorsionarse ante sus ojos.

De súbito, miró a Velatorio y le preguntó:

—Oye, ¿qué me ha puesto el cerdo de Christopher en el ron?

—Algo para animarte un poco. Has bebido mucho en tu vida y un doble de ron es poca cosa para tu estómago y tu sangre.

—Eso está bien, un «viaje» no me irá mal, tengo algo de depresión.

—Pues esta noche se te pasará, vas cargada para hacer un «viaje» muy largo.

Con un resorte, abrió la parte frontal da un viejísimo tonel situado en un rincón del subsótano y apareció el oscuro hueco interior.

Laly la Gorda, por efectos de la droga Ingerida con el ron, lo miró y se echó a reír.

Y riendo fue como cayó al interior del tonel a causa de un brutal empujón que le propinó Velatorio.

El hombre escuchó aquella mezcla de risas y golpes. Cerró la falsa puerta del tonel y le dio la espalda, regresando a la escalera cuando pisó una rata. Resultó blanda, gorda. Le repugnó, pero lo peor fue que el roedor se volvió y clavó sus dientes en el pie de Velatorio.

—¡Maldita rata!

Le dio un puntapié que la envió a veinte metros de distancia, pero se dolió del pie y se alejó gruñendo:

—Ahora tendré que vacunarme contra la rabia, maldita sea…

El agente McSimons, al oír unos gritos casi inhumanos, mezcla de aullido de lobo, risa de hiena y llanto humano, se detuvo en su ronda.

Se orientó con sus oídos, puesto que con los ojos nada veía, y echó a correr hacia una callejuela que se hallaba detrás de las edificaciones del Half Moon.

A distancia, sobre el adoquinado húmedo y sudo, descubrió a una figura diabólica vestida con una especie de saya o hábito, capucha incluida, que le llegaba basta los pies.

Aquel ser extraño, que tenía algo de maligno, iba de un lado a otro, daba vueltas, gritaba y profería toda aquella gama de sonidos estremecedores como si hubiera caído en un trance espasmódico y estuviera totalmente incontrolado y desequilibrada su mente.

Se tiró al suelo y rodó sobre sí mismo.

El agente McSimons se llevó el silbato a la boca y lanzó al aire de la noche su llamada de alarma para que acudiera su compañero al tiempo que él mismo corría y saltaba sobre aquel ser extraño, tratando de sujetarlo y controlarlo por lo menos en el suelo.

McSimons era un mocetón que apenas llevaba un año de servicio. Era alto, joven y muy fuerte; sin embargo, a duras penas pudo controlar a aquel ser que todo eran huesos.

Al fin, lo retuvo boca abajo mientras aquel ser vomitaba espumarajos mezclados con sangre. Su compañero de ronda acudía a la carrera en su ayuda.

—¿Qué ocurre?

—No sé, este sujeto parece haberse vuelto loco.

—A lo peor se ha drogado, eso es muy frecuente por aquí. —De pronto, descubrió algo que le llamó la atención—. Eh, mira, allí hay otro cuerpo en el suelo.

—Vaya, así son dos —gruñó McSimons, sujetando al enigmático personaje con los brazos a la espalda mientras le colocaba las esposas de acero.

El otro agente se acercó para ver el segundo cuerpo. Se inclinó sobre él, lo examinó y dijo después:

—Está muerta.

—¿Muerta, es una mujer?

—Sí, es Laly la Gorda.

El policeman parpadeó ligeramente. A la débil luz de una farola lejana pudo ver entonces el rostro del ser al que había capturado, un rostro que era totalmente una calavera.

Su boca, de ostensibles dientes, estaba manchada de sangre.

McSimons siempre se había dicho a sí mismo que podría ser un buen agente porque carecía de miedo, pero en aquella ocasión, observado por unos ojos sin pupilas, sintió un terrible escalofrío por

todo el espinazo que, de inmediato, le produjo un sudor frío que empapó la ropa en su espalda.

Ya jamás podría decirle a nadie que no conocía el miedo.

# CAPÍTULO II

El inspector Hastings, de Scotland Yard, estaba molesto y su malhumor se traslucía en la hosquedad de su rostro, un rostro grueso como todo su cuerpo.

No podía decirse que fuera el típico inglés, tenía algo de germano, fornido y cuellicorto, cabello rubio y escaso, pero era un policía competente aunque, según muchos, demasiado terco.

Solía llevar gabardina desabrochada, la corbata arrugada y siempre tenía cara de haber dormido poco.

Hastings sería un buen inspector, pero por su forma de comportarse y de vestir posiblemente no llegaría nunca a tener un cargo ejecutivo dentro del magnífico equipo del New Scotland Yard.

Él lo sabía y se encogía de hombros. Amaba su trabajo por sí mismo y no por lo que pudiera alcanzar a través de él.

Al pasar al otro dado de los muros de la institución psiquiátrica con subvención estatal y benéfica en gran parte, tuvo ganas de dar media vuelta y marcharse.

Había una víctima cliente y asidua del Half Moon y en vez de tener al presunto culpable dentro de una celda, donde pudiera interrogarle, el supuesto homicida estaba en aquel lúgubre manicomio.

Le llamaran como le llamaran, los nombres no podían cambiar las cosas y aquello era un manicomio benéfico para locos de atar y, por supuesto, nada pudientes.

Tras aquellos muros morían psicópatas de procedencia alcohólica, drogadictos, sexópatas, paranoicos, esquizofrénicos y toda una extensa gama de locos irrecuperables. Es decir, eran irrecuperables los que no tenían dinero, pues según contaban, había estupendas clínicas psiquiátricas que sanaban a sus pacientes en breves semanas, con terapias de grupo y otros nuevos sistemas que,

según sus inventores (especialmente cuando los explicaban a través de la televisión, más para obtener clientes que como información general), eran estupendos.

Lo cierto era, y el inspector Hastings lo sabía muy bien, es que muchos de aquellos supuestos recuperados cometían más tarde o más temprano desaguisados sangrientos que ya nadie podría evitar.

El inspector Hastings no sabía el año en que aquel sanatorio había sido fundado, pues nunca había terminado de leer la lápida granítica, borrosa por los años y el clima, que colgaba en la fachada.

De todos modos, era de suponer que las piedras del sanatorio tenían siglos de desesperación y terrores de los que habían pasado por allí.

En los archivos del sanatorio se explicaba cómo debían de sujetarse y controlarse los dementes allí recluidos, y se hablaba de mazmorras y grilletes adosados a las paredes.

Al parecer, la terapia y los cuidados habían variado bastante, pero los internos seguían pasándose años allí dentro, aullando, llorando o en un triste y patético estado vegetativo.

El doctor Willer era el encargado del pabellón de psicópatas peligrosos entre los que se incluían los internados por la justicia tras un juicio o los que estaban pendientes de ser juzgados por delitos cometidos.

Naturalmente, aquél no era el único sanatorio con el que contaba la justicia inglesa para internar a los dementes que habían causado problemas, desde un crimen a una simple alteración del orden público.

En ocasiones, los familiares de los enfermos, haciéndose cargo de los gastos, exigían tal o cual sanatorio, pero los que estaban en el viejo y lúgubre manicomio al nordeste de la city, recibiendo las nieblas del canal, eran gentes sin seguridad social, sin familia, hombres y mujeres prácticamente sin esperanza ni futuro.

—Le estábamos esperando, inspector Hastings. Le presento a mi ayudante, el doctor Ian Trysh.

Hastings apretó la mano del doctor Willer al que ya conocía por anteriores entrevistas. Luego, se rascó la cara con la zurda, como si tuviera un grano en ella, y observó atentamente al joven Ian Trysh.

Según su opinión, era alto, de morfología atlética y como dirían

las mujeres, bien parecido. Tenía abundante cabello cobrizo, oscuro de color, casi metálico, y pupilas verde azuladas.

—¿Y usted se ha hecho médico para encerrarse en esta loquería? —le soltó a boca de jarro.

Ian Trysh sonrió paciente y asintió.

—Eso parece, inspector.

El doctor Willer carraspeó antes de decir:

—El doctor Trysh es psiquiatra; está diplomado por la Universidad de Lovaina en parapsicología y sexología y está preparando una tesis doctoral para la Sorbona de París. Es muy joven, pero con muchas inquietudes.

—¡Diablos! —exclamó el inspector Hastings. Quiso rascarse la cabeza y se dio cuenta de que no se había quitado el sombrero—. ¿Y tanto estudio para acabar aquí, entre estos locos de atar?

El doctor Willer puntualizó:

—Y usted, tanto trabajar para terminar entre delincuentes.

—Es diferente. El doctor Trysh parece que quiere llegar lejos, yo ya he llegado.

—El doctor Trysh considera que para sus estudios de parapsicología este sanatorio psiquiátrico es ideal. Aquí vienen a parar los seres más extraños y complejos, se pueden tener excelentes experiencias.

—Con que parapsicología, ¿eh? Espiritismo y todo eso… Creí que un psiquiatra era algo más serio, doctor Trysh.

—Y lo es, inspector. No vaya a cometer la torpeza de confundir la parapsicología con el espiritismo. De todos modos, la plaza de ayudante del doctor Willer la tengo como psiquiatra. Lo de la parapsicología son estudios y tesis personales.

—Bien, bien, ¿sabe una cosa?

—Usted dirá, inspector.

—Yo creo que en todo eso que cuentan de los poderes de la mente hay truco.

—Pues ya no está usted solo, inspector. El doctor Willer, un eminente psiquiatra, piensa igual que usted.

—Es un consuelo.

El doctor Willer suspiró y quiso aclarar:

—Admito que hay cosas inexplicables, pero como no son científicamente reproducibles, no pueden considerarse válidas.

Además, hay mucho falso profesor, mucho aprovechado en todo esto y a la vez mucha gente inculta que se cree todo lo que le cuentan.

—Ya, y como todos estamos más o menos locos, pues el anormal es el que está completamente sano, es fácil caer en las redes de esos embaucadores.

—Eso es, inspector Hastings, y la labor de los que investigamos es espigar entre lo cierto y lo falso.

—Bien, creo que ya hemos hablado bastante de cosas que no entiendo. Ahora, si es posible, me gustaría visitar al sujeto que les fue confiado y del que ya le he hablado por teléfono.

—Sí, un sujeto muy interesante para nuestro joven doctor Trysh.

—¿Interesante para él, por qué?

—Se están haciendo análisis en profundidad de su sangre. Es un tipo muy raro. Ordinariamente, un ser en sus condiciones no podría vivir.

—Siento tener que volver a preguntar por qué.

—En palabras llanas, creo que el doctor Willer quiere explicarle que ese sujeto apenas tiene carne. Es como un esqueleto viviente.

—Bueno, eso no es anormal. Laly la Gorda también estaba puramente en los huesos.

—No es deducible por su apodo de La Gorda. Por cierto, ¿qué ha revelado la autopsia sobre la causa de su muerte?

—Todavía no he recibido la notificación de la autopsia, el juez también la está esperando. Parece que ha sido una estrangulación, aunque la cosa no la veo clara del todo. ¿De dónde salió la sangre que los agentes de ronda aseguraron tenía ese ser sin identificar en su boca?

—Pudo darse un golpe en la boca en el ataque que tuvo. Algo sí hemos averiguado en principio del análisis rutinario de su sangre.

—¿Y ese algo qué es? —inquirió el inspector Hastings.

—Drogas.

El inspector de Scotland Yard, ante la escueta pregunta del doctor Willer, insistió:

—¿Qué clase de drogas?

—Un cóctel, con razón tuvo un mal «viaje», no era para menos. Créame, inspector, que en ocasiones no entiendo cómo llegan a ingerir o a inyectarse esas cantidades de drogas y en esas mezclas

tan explosivas que forzosamente han de abocarles a una locura total.

—Malditas drogas —gruñó el inspector—. La brigada antiestupefacientes tendría que ser más Implacable con esos sucios traficantes.

—Pasemos a visitar a nuestro inquilino indocumentado, al que tenemos que someter minuciosos chequeos. Tiene características insólitas en las que el doctor Trysh está muy interesado por cierto.

—¿Y cuáles son esas características?

Esta vez, fue el Joven psiquiatra y parapsicólogo quien respondió claramente y a nivel inteligible para el inspector de Scotland Yard.

—Padece una fotofobia muy profunda, tan profunda que jamás he sabido de ningún caso que se le parezca.

—¿No tolera en absoluto la luz?

—Exactamente, no tolera la luz. Es como si hubiera permanecido en un lugar oscuro durante muchos lustros.

—He oído casos parecidos de gente que quedó encerrada en refugios de guerra. Al salir también sufrían fotofobia —observó el inspector.

—Sí, es que entonces se produce un albinismo muy específico y evidente —dijo el doctor Willer.

Avanzaron por los corredores angustiosos y opresivos, nada pensados para la tranquilidad del espíritu, corredores con un estilo arquitectónico medieval y pintados de blanco hacía ya muchos años. El color blanco había amarilleado, desconchándose en muchos puntos por las humedades.

Varias solicitudes de restauración dormían en cajones de algunos estamentos oficiales, sin que nadie les prestara atención.

El doctor Willer y el doctor Trysh se detuvieron frente a la habitación 34. El inspector Hastings preguntó:

—¿Lo tiene aquí?

—Sí. Estaba en un ataque tan violento que sólo pudimos hacer que tenderlo en el lecho y dejarlo bien sujeto.

—¿Acaso la habitación no es sólida?

—¿Sólida? —El doctor Willer sonrió, añadiendo—: Tiene muros de piedra que sostendrían sin dificultad la torre del Big Ben.

El doctor Trysh aclaró:

—Se les sujeta a los lados de la cama para que no se dañen a sí mismos, bueno, todo eso con la camisa de fuerza puesta, claro. La camisa de fuerza no es aconsejable, traumatiza a quienes se les coloca y todavía están lúcidos, pero es muy eficaz para los furiosos que son capaces hasta de saltarse sus propios ojos.

El doctor Willer empujó la sólida puerta de madera acolchada por su lado interior, un acolchado ya gastado por el tiempo y en el que podían apreciarse arañazos y mordiscos de psicópatas que allí habían sido confinados.

—Qué raro, la puerta está abierta —dijo el doctor Willer.

El inspector Hastings le miró preocupado.

—Oiga, doctor, ¿es corriente que se dejen las puertas abiertas?

—No, no lo es y el doctor Trysh se lo puede confirmar.

—En efecto, empero no hay por qué preocuparse, el enfermo está sujeto a la cama.

—No será por simples vendas, ¿verdad?

—No. Además de la camisa de fuerza, tiene unos cables de acero protegidos por piel y espuma para no dañar en absoluto a los pacientes. Por supuesto, estas medidas sólo se toman en casos en que se presupone que el enfermo es muy peligroso y posible homicida.

El joven psiquiatra se adelantó para abrir la puerta, pero ésta cedió demasiado aprisa, lo cual los puso sobre aviso. El cerrojo no estaba colocado.

Los tres hombres se miraron entre sí, interrogantes.

El interior de la habitación estaba muy oscuro y al entrar en primer lugar, Ian Trysh tropezó con un cuerpo, sin duda alguna humano.

—¡Luz, luz, aquí pasa algo desagradable!

El doctor Willer estiró su mano y dio al conmutador de la luz que estaba Junto a la Jamba de la puerta en el lado del corredor. De este modo, los pacientes allí recluidos jamás tenían acceso a la corriente eléctrica.

Apenas se encendió la luz en la habitación, una luz que se hallaba tras un grueso cristal que no se podía romper ni siquiera de un puñetazo y además protegida con una rejilla, se escuchó un alarido que sobrecogió al inspector Hastings.

Ian Trysh y Willer estaban más acostumbrados a los gritos de los

psicópatas furiosos, pero aquel alarido, mezcla de aullido, graznido y otra clase de sonidos, todos ellos espeluznantes, no les agradó en absoluto.

En el suelo yacía un enfermero y había una bandeja volcada.

El paciente, que aullaba de aquella forma infrahumana, pavorosa, seguía en el lecho, embutido en la camisa de fuerza y sujeto con los cables forrados.

Willer y el inspector Hastings se inclinaron sobre el enfermero mientras Ian Trysh se acercaba a aquel ser asombroso, desconcertante y escalofriante a la vez.

Quien le hubiera visto una sola vez, ya no podría olvidarlo jamás. Habría de resultar totalmente imposible encontrar a alguien igual.

El doctor Willer buscó ávidamente el pulso del enfermero mientras el inspector Hastings le volvía el rostro para poder verle mejor. Descubrió una faz congestionada y unos ojos enrojecidos, dilatados por el terror y la muerte. Aquellos ojos estaban vidriosos.

—Está muerto.

El diagnóstico del doctor Willer era tan claro como irrefutable, aunque ni inspector Hastings no le hizo falta, las pupilas vidriosas del enfermero eran suficientemente elocuentes. Había visto demasiados «fiambres», como se decía en el argot hampón, que por mimetismo y deformación profesional acababan empleando los propios miembros de Scotland Yard.

—Ese ser que tiene ahí es muy peligroso, doctor Willer —gruñó el policía.

Desde el lado de la cama, entre los alaridos del encamado, que apretaba los dos pellejos blanco amarillentos que eran sus párpados para ocultar sus ojos a la luz, Ian Trysh objetó preocupado:

—Este paciente no ha podido ser el que ha matado al enfermero.

Mientras el doctor Willer, tan pálido como inquieto, seguía observando al enfermero, el Inspector Hastings quiso comprobar por sí mismo que el hombre que estaba en la cama se hallaba bien sujeto, que tal como aseguraba el Joven doctor Trysh, no podía ser el asesino por la simple y llana razón de que estaba imposibilitado para moverse y abandonar el lecho.

El enfermero yacía muerto a una cierta distancia de la cama, casi junto a la puerta. Por lo tanto, no podía ni siquiera haberlo

rozado con los pies.

—¿Y no existe la posibilidad de que se haya quitado la camisa de fuerza y luego se haya vuelto a meter dentro de ella? —preguntó el inspector Hastings, tratando de hacerse oír por encima de los alaridos de aquel ser.

—Si está pensando en el gran Houdini, olvídelo, inspector. Una cosa es una camisa de fuerza y la otra, este tipo de camisa que además sujeta al enfermo a ambos lados de la cama. Por otra parte, sería absurdo que después de asesinar al enfermero se hubiera vuelto a meter en la cama y con la camisa de fuerza. No olvide que hemos encontrado la puerta abierta, podía huir por ella.

—Es cierto, pero ¿por qué grita tanto ahora?

—Es posible que sea por la luz.

En aquel momento llegaron varios enfermeros y el doctor Willer, responsable de aquel pabellón de peligrosos, ordenó:

—Llévenselo al depósito.

Los enfermeros miraron con odio al recluso que brincaba en la cama, con los ojos fuertemente apretados. Había sido asesinado uno de sus compañeros y cuando eso ocurría, odiaban al asesino, porque el muerto siempre podía haber sido cualquiera de ellos.

No eran módicos, sólo enfermeros, y muchos de ellos estaban allí por la simple razón de que a final de mes cobraban unas libras de más o porque no se les había dado empleo en ninguna otra parte.

—¿Cómo ha muerto, doctor Willer? —inquirió el inspector.

—La autopsia lo determinará.

—Sin embargo, podrá adelantar algo, ¿no?

—Bien, presenta todos los síntomas de haber sido estrangulado, pero es un diagnóstico oficioso.

—Lo mismo que Laly la Gorda. ¿No le parece significativo?

—Es coincidente, pero mientras no se demuestre que ese ser es culpable de homicidio, no puedo decir que sea el asesino. Ya ha oído al doctor Trysh, este hombre no ha podido matarlo.

—No ha podido matarlo, a menos que…

El inspector Hastings se volvió hacia el joven doctor Trysh, inquiriendo:

—¿A menos qué?

—Nada, nada, son cosas mías.

El doctor Willer se encaró con su joven ayudante. Con cierta

dureza, mientras los gritos del encamado se calmaban un tanto, observó:

—Si usted sabe algo, si tiene la más ligera sospecha de que ese paciente ha podido soltarse de su camisa de fuerza, las circunstancias aconsejan que lo diga, doctor Trysh.

—Exacto, aunque sólo sea una sospecha —remachó el policía—. Se lo preguntarán en la Corte cuando se vean los dos casos de homicidio, tanto el de Laly la Gorda como el del enfermero que acaban de llevarse.

—No sé nada de lo que me preguntan —respondió Trysh, tajante.

Estaba seguro de que lo que pensaba no iban a creerlo el doctor Willer, el inspector ni un tribunal ni un jurado, por ello prefirió reservarse sus sospechas.

—Está bien, no hable, pero va a ser muy difícil explicar el asesinato del enfermero. Scotland Yard tendrá que entrar en este hospital.

—Tendrá que pedir la orden al juez —advirtió el doctor Willer con gravedad.

—Espero que esto no sea un enfrentamiento entre nosotros, doctor Willer, pero acabamos de descubrir a un hombre asesinado y el posible homicida, según ustedes, no ha podido ser. ¿Quién ha sido, entonces?

—¡Mammy White! —Gritó de pronto el encamado—. ¡Mammy White! —repitió.

—¿Mammy White…? ¿Quién es Mammy White? —preguntó el inspector Hastings.

Los dos médicos se miraron y se encogieron ambiguamente de hombros. Fue el doctor Willer quien declaró:

—Me temo que lo ignoramos. Es posible que este sujeto delire.

—¿Ha venido alguien a visitarle?

—No, inspector, nadie más que el enfermero ha pasado a verle —concretó el joven doctor Trysh.

—Qué extraño —comentó pensativo el inspector de Scotland Yard—. Todo esto es muy extraño…

Luego, observó al supuesto demente drogado y ciertamente resultaba espeluznante. Era un tipo de pesadilla. Vestía aún su talar largo, oscuro, viejo, casi enmollecido, contrastando con la blanca

camisa de fuerza.

Aquel ser era prácticamente un esqueleto viviente, huesos y piel. No parecía tener nada más. Se hubiera podido estudiar anatomía ósea con sólo mirarle, sin recurrir a los rayos X y tanto sus uñas como su cabello, eran largos, un cabello blanco que hedía a muerte.

En todo él sólo tenían color sus labios rojizos y agrietados, como si hubiera recibido en ellos una inyección de sangre.

—Si acabara de sacarlo de una tumba no tendría peor aspecto —comentó el inspector Hastings sin saber que sus palabras podían resultar casi proféticas.

El joven doctor Trysh le acercó los dedos a uno de los ojos y haciendo presión con ellos, consiguió sujetarlo y abrir el párpado a la fuerza.

—Dios mío, si no tiene pupilas —exclamó casi sobrecogido el inspector Hastings, como si nunca hubiera visto nada igual.

—Sí tiene, inspector —rebatió Trysh—, pero es de un albinismo tan acusado que apenas se le notan y parece que todo el globo ocular sea blanco.

De pronto, el enfermo dio una fuerte sacudida y Trysh sintió la dentellada en su mano, en el músculo que unía la muñeca con el dedo índice. Jaló de la mano a tiempo y sólo sufrió una mordedura ensangrentada que ensució también de sangre la boca de aquella especie de psicópata con aspecto de cadáver.

—Tenga mucho cuidado con él, podía arrancarle un pedazo de mano —advirtió el policía.

—Sí, ya veo —aceptó el doctor Trysh, tocándose con cuidado la herida recibida. Casi inmediatamente, agregó—: Está furioso por la luz que le molesta.

—Le aplicaremos un sedante.

El doctor Willer, ayudado por el doctor Trysh y el propio inspector, le inyectó un sedante por la vena del talón del pie derecho, puesto que los brazos estaban muy bien sujetos dentro de la camisa de fuerza.

Poco a poco, aquel ser se fue calmando mientras babeaba profusamente y pronunciaba maldiciones casi ininteligibles.

—Ahora descansará durante un buen rato.

—Mantengan la puerta bien cerrada y que no entre ningún enfermero solo. Que le atiendan por parejas.

—Inspector Hastings, quien da las órdenes dentro de este pabellón soy yo.

Se produjo un instante de tirantez. El propio doctor Willer lo cortó añadiendo:

—Sin embargo, tendré muy en cuenta sus recomendaciones y el recluso será tratado con la máxima vigilancia, pero hay una cosa que me gustaría saber de él.

—¿Y qué es?

—Cómo se llama, quién es, quiénes son sus familiares. Con todos esos datos, podríamos saber algo más de él.

—¿Sabe una cosa, doctor?

—Si no me la dice usted, no.

—A mi me gustaría también tener respuesta a todas esas preguntas que acaba de hacer.

Salieron de la habitación, dejando a oscuras y con la puerta bien cerrada por fuera al recluso anónimo del que lo ignoraban todo, excepto que lo habían encontrado en medio de un violentísimo ataque de locura en uno de los solitarios y malolientes callejones junto al que se ubicaba el Half Moon.

—Pasaremos por la enfermería, doctor Trysh. No estaría de más que fuera vacunado contra la rabia, ese ser parece un animal rabioso.

—Yo lo vacunaría de tétanos y algunas cosas más —comentó el inspector Hastings por lo bajo mientras se preguntaba: «¿Quién será Mammy White? Parece que es la única pista que tengo ahora».

Ian Trysh le miró de soslayo y sonrió sarcástico.

Por los estudios que llevaba realizados, estaba convencido de que había demasiados hechos que no tenían explicación científica alguna y temía haberse topado con alguno de aquellos extraños seres incontrolables ante los cuales la ciencia ortodoxa e incluso la ciencia de vanguardia se encontraban desconcertadas.

En la enfermería, mientras el doctor Trysh era curado, se produjo una llamada telefónica.

Descolgó el aparato el doctor Willer; escuchó breves instantes y luego apartó el auricular de su rostro, tendiéndoselo al policía.

—Es para usted.

El inspector Hastings efectuó algunas preguntas en voz baja y escuchó atentamente. Se había puesto pálido, grave y

desconcertado. Su voz se enronqueció, era como si acabaran de notificarle que un autobús de dos pisos hubiera desaparecido inexplicablemente y repleto de viajeros, en mitad de Picaddilly Circus.

Despacio, con pesadez, ahorquilló el auricular del teléfono.

—¿Ocurre algo grave, inspector? —le interpeló el joven doctor Ian Trysh.

Levantó despacio la mirada. La clavó primero en uno de los psiquiatras y luego en el otro. Al fin, abrió la boca para decir:

—Están ocurriendo cosas inexplicables.

—¿Nos lo va a contar, inspector, o es secreto del sumario?

—Doctor Trysh, usted sospecha algo. Me gustaría que en algún momento tuviera confianza conmigo. Es posible que yo llegue a pensar que un médico de locos no es más que otro loco, pero…

—No se apure, inspector, hay mucha gente que piensa como usted —replicó el doctor Willer, forzando una sonrisa que distaba mucho de ser sincera.

—Laly la Gorda murió estrangulada, ése es el diagnóstico oficial de la autopsia: Muerte del cerebro por cianosis o algo por el estilo.

—El estrangulamiento puede causar la muerte impidiendo el paso de oxígeno a los pulmones o por estrangulación de las venas carótidas, cuyo efecto inmediato es la no irrigación del cerebro por el flujo sanguíneo. La muerte por estrangulamiento de las carótidas es mucho más rápida que por falta de oxígeno en los pulmones. Eso, los verdugos que ahorcaban a los reos en el patíbulo lo sabían bien, porque no se puede considerar estrangulación la rotura cervical por la caída del cuerpo en el hueco del patíbulo —explicó el doctor Willer.

El hombre de Scotland Yard dudó, pero al fin se atrevió a confesarles lo que a otras personas no les habría contado:

—Pueden creerme o no, la verdad es que yo mismo me pregunto sí lo que acaban de comunicarme es posible. Iré personalmente a la Morgue y allí tendré que frotarme los ojos para llegar a creer.

El doctor Willer apremió impaciente:

—Explíquese de una vez, inspector.

—Laly la Gorda no tenía corazón —soltó a boca de jarro, esperando la reacción de los psiquiatras.

—Bueno, no había que esperar que tuviera mucha conciencia un

ser como ella. Esa mujer ya pasó por este hospital por alcoholismo, pero no era peligrosa.

—No me estoy refiriendo a su conciencia, es que al hacerle la autopsia no le han encontrado el corazón dentro de la caja torácica.

—Inspector, una persona no puede vivir sin corazón. Cualquier niño, sin menosprecio para usted, lo sabe.

—Lo sé, doctor Willer, pero acaban de comunicarme en forma oficial, aunque haya sido a través del teléfono, leyéndome el diagnóstico de la autopsia, que no se lo ha encontrado el corazón.

—¿Quiere decir que además de estrangularla luego le arrancaron el corazón, como se hacía en ciertos ritos antiguos religiosos, especialmente en algunas misas negras?

—Lo inexplicable del caso es que Laly la Gorda no presenta ninguna herida, inciso cortante o cosa por el estilo, sólo una estrangulación limpia.

—Entonces, ¿cómo pudo serle extraído el corazón? —preguntó el doctor Willer, asombrado.

—Eso es lo que ignoramos y lo que a simple vista parece absurdo. ¿Cómo explicarían ustedes que se le haya sacado el corazón sin abrirle el pecho, la espalda o el abdomen? Porque se me ha notificado que el corazón le ha sido materialmente arrancado y que, en consecuencia, tenía una gran hemorragia interna. ¿Tienen ustedes alguna explicación lógica para este suceso? ¿Pueden aclarar esta extirpación de un corazón humano sin que la víctima presente huellas externas de tal hecho?

—Doctor, mejor podría tomarse un par de cafés —le sugirió Ian Trysh—. Si va usted a la Morgue, me gustaría acompañarle.

—Acepto sus cafés. ¿Saben una cosa?

—Si usted no la dice… —le respondió el doctor Willer.

—Hace mucho tiempo, Años, que Je tengo el ojo echado a ese tugurio del Half Moon, porque allí ocurren cosas desagradables y extrañas, pero ahora que tengo algo, me siento desconcertado y me agradaría que sonara el timbre de un despertador.

—¿Para qué, inspector?

El hombre de Scotland Yard esbozó una mueca y respondió al joven psiquiatra:

—Para darme cuenta de que todo esto es una pesadilla.

# Capítulo III

Por su condición de médico psiquiatra, Ian Trysh pudo intercambiar unas opiniones con el médico forense en presencia del inspector Hastings.

—¿De modo que usted considera que científicamente no hay explicación posible a la extirpación y desaparición del corazón de esa mujer asesinada?

—En efecto, no hay explicación lógica que yo pueda dar. Ni el más fino de los cirujanos plásticos lograría esconder a mis ojos una abertura por la que pudiera extraerse un corazón sin dejar huella del lugar de salida. Siempre han de quedar señales, máxime cuando la extirpación es reciente.

—¿Qué más ha encontrado?

—El inspector Hastings le puede mostrar el informe que luego pasará al juez. Tenía una fortísima combinación de drogas en su sangre y en tal cantidad que sólo es propia de un suicida.

—Laly la Gorda no parecía una mujer abocada al suicidio.

Ian Trysh tomó el informe. Leyó las drogas detectadas y comentó pensativo:

—Parece que la mezcla de drogas es la misma que hemos encontrado al analizar la sangre del paciente recluido en el psiquiátrico.

—Quizá estuvieran «viajando» juntos, eso es muy frecuente —objetó el médico forense.

El inspector Hastings movió la cabeza de un lado a otro como si estuviera negando algo a sí mismo, ni siquiera se apercibió que el forense se alejaba.

—Hay muchas cosas que no encajan, muchas… —Apuntó al joven psiquiatra con su índice y gruñó—: Estoy seguro de que usted tiene ideas y opiniones sobre todo este lío. ¿Acierto?

—Un americano, en mi lugar, le diría O. K.

—Pues adelante, suélteme una de sus opiniones.

—Lo siento, inspector. Si le dijera algo, usted pensaría que es absurdo. —Sonrió, añadiendo—. A lo peor solicitaba mi reclusión en el psiquiátrico.

—Palabra que no haré tal petición.

—¿Cómo puedo estar seguro de ello? —replicó Ian Trysh, bromeando un tanto.

Ambos hombres se hallaban en una de las antesalas de la Morgue.

—Sencillamente porque soy de los que opinan que todos los psiquiatras deberían estar encerrados; sería estúpido de mi parte hacer la lista con un solo nombre.

—Es usted sincero, inspector. Le voy a decir una casa.

—¿Usted a mí, es algo sobre sus opiniones respecto a este caso?

—Sí.

—Pues adelante.

—No tiene un caso normal entre las manos. No se trata de un caso que pueda resolver por los medios rutinarios de Scotland Yard y tendrá muchos dolores de cabeza.

—¿Y por qué no voy a poder resolverlo con los medios rutinarios de Scotland Yard, si es que puede saberse?

—De eso ya se dará cuenta si sigue adelante. Ya sé que su intención es meterle mano a ese Half Moon y que la muerte de Laly la Gorda puede ser un cabo para tirar de la madeja. Yo no sé si esto es así, pero ya que ha pedido mi opinión y estoy seguro de que no se va a atrever a repetirla ante un jurado, le diré que esa especie de esqueleto viviente que está en una cama del sanatorio se comió el corazón de Laly la Gorda, precisamente cuando ese corazón, por acumulación de sangre y hasta es posible que por un defecto de función orgánica, tenía en sus ventrículos una gran cantidad de la droga que Laly se había tomado.

El Inspector permaneció irnos instantes en silencio. Parpadeó despacio, muy despacio y al fin abrió la boca para decir:

—Estaba seguro de que me iba a decir algo absurdo, pero no creí que llegara a tanto. ¿Cómo iba a comerse el corazón de esa desgraciada, cómo pudo arrancárselo sin dejar rastros de semejante carnicería?

—Se encontró sangre en la boca del tipo que tenemos en el psiquiátrico, y lo llamo tipo remedando su argot profesional.

—Vayamos por partes. Supongamos (cosa que yo considero imposible) que se comiera el corazón. ¿Por qué habría de hacerlo?

—¿Por qué está en el psiquiátrico y no en la cárcel?

—Sí, claro. En fin, doctor, no me líe más, yo investigo en serio, no me gustan los trucos de salón. Eso de que haya tipos que se comen los corazones…

—Sí, que se comen los corazones y en mi observación llegaría a decir más.

—¿Más todavía, qué nueva barbaridad se le ha ocurrido?

—Es muy posible que al comerse el corazón, dejemos a un lado los motivos que pudieron impulsarle a cometer un acto tan bárbaro y que nos hace pensar en primitivas religiones, ese ser posiblemente ignoraba que Laly la Gorda tenía esa acumulación letal de drogas en su sangre. Por eso quedó drogado y los agentes de Scotland Yard lograron capturarlo. De lo contrarío, me temo que no lo habrían hallado y el problema sería más complejo. De todos modos, esa mujer estaba condenada a morir, no tenía escapatoria: estrangulación, extirpación del corazón, una dosis de droga mortal…

—Es cierto que la pobre bruja no tenía escapatoria. Oiga, doctor, usted que es psiquiatra aunque no se le note demasiado porque no lleva barba como sus colegas para impresionar a los incautos que caen en sus consultas, dígame, ¿es lógico que yo sienta algo de pena por Laly la Gorda?

—Hombre, inspector, había estado a punto de llegar a pensar que no era usted demasiado humano.

El policía sonrió entre dientes mientras caminaban por uno de los corredores alumbrados con tubos fluorescentes que esparcían una claridad azulada.

—¿Cree que se habrá comido también el corazón del enfermero?

—Me temo que se lo está tomando usted todo a broma, inspector, y es algo bastante serio.

—Sí, ya sé que es muy serio. Tenemos a dos muertos y a un loco de remate metido dentro de una camisa de fuerza. —Señaló hacia los dos rectángulos de cristal que aparecían en las dobles puertas blancas y exclamó—: Ahí está Alice Darnell.

—¿Alice Darnell?

—Sí, es la sobrina de Laly la Gorda y su única heredera, por cierto, que esa desgraciada sólo tenía los harapos que llevaba puestos, unas joyas de bisutería que en global no valdrían más de dos libras y una acción del Half Moon.

—¿Una acción del Half Moon? He oído algo de eso, pero creí que era una especie de leyenda del hampa.

—Pues no es ninguna leyenda. Esas acciones son como maldiciones, se heredan pero nadie las compra ni las vende. Se supone que algunas son destruidas, eso es todo.

Empujaron las dobles puertas basculantes que permitían el paso de las camillas cargadas con los cadáveres que habrían de pasar a los frigoríficos o a la sala de disección para practicar la autopsia de rigor.

En tono bajo, el inspector pidió a Ian Trysh:

—No le cuente a la chica esa historia de terror de que una especie de monje esquelético se ha comido el corazón de su tía. A lo peor le daba por la risa histérica y no sé si aquí, además de sudarios para cubrir los cadáveres desnudos, tendrán camisas de fuerza.

El inspector realizó brevemente la presentación. Los ojos verde azulados del Joven psiquiatra se encontraron con los femeninos, de un azul claro y puro.

La joven tenía el cabello negro y era alta, espigada, algo delgada pero de formas definidas. Vestía a su aire pero tenía una distinción natural que la arrancaba totalmente de la vulgaridad.

—¿Ha reconocido a su tía?

—Sí, es ella. He pasado un mal rato, la verdad es que hacía mucho tiempo que no la veía. Está casi irreconocible, ella que había llegado a ser tan obesa.

—Bien, señorita Darnell, si la necesitamos para algo más la avisaremos. Ahora, la justicia se encarga de todos los detalles legales.

—El asesino está detenido, ¿verdad? Es lo que me han dicho.

—Que se lo cuente el doctor Trysh, lo tiene en el manicomio. Por lo visto es un sujeto muy peligroso, ha aparecido muerto un enfermero en su celda, pese a que lo tienen dentro de una camisa de fuerza.

—¡Qué horror! —Exclamó Alice—. ¿Y qué harán con él?

El inspector se encogió de hombros, resignado, antes de decir:

—Si los psiquiatras lo declaran demente total, no se le puede imponer ninguna pena, es decir, se le recluirá en un manicomio.

—Sanatorio psiquiátrico —corrigió Ian Trysh.

—Llámelo como quiera. Bueno, tengo que marcharme, debo de hacer muchas averiguaciones respecto a la identidad de nuestro detenido, que no nos ha podido decir todavía quién es ni de dónde procede. Es posible que se haya escapado de otro manicomio o quizá ha llegado en un buque fantasma como el del Holandés Errante —dijo burlón.

Después, se alejó mientras la gabardina se le abría por los lados, tomando la forma de una capa.

—Señorita Darnell, si me permite acompañarla…

—Como usted quiera, doctor Trysh. Es ése su nombre, ¿verdad?

—Ian es más fácil.

Mirándole fijamente, opinó:

—No parece usted psiquiatra.

—¿Por qué no? ¿Han de llevar un uniforme determinado los psiquiatras?

—Oh, no, pero por la cara, el aspecto general, semejan empeñados en parecerse entre ustedes, es decir, usted es la excepción.

—Podemos ir a tomar una copa, así se le pasará el mal sabor de boca de lo que aquí ha visto. No quiero ser hipócrita e imagino que usted no apreciaba demasiado a su tía asesinada.

—Las últimas veces que nos vimos fue para pedirme dinero.

—¿Y usted se lo dio?

—Sí, poco. Yo vivo de mi trabajo como modelo de alta costura.

—¿Modelo?

—La verdad es que tengo los estudios de auxiliar de quirófano, pero en cierta ocasión seguí un cursillo de modelo y como me pagaban bien y me dejaban mucho tiempo libre, opté por esta profesión.

Ian Trysh condujo a Alice hasta el aparcamiento, donde tenía su «Mini» bicolor, rojo y negro, de mil doscientos setenta y cinco centímetros cúbicos.

—Vaya, un «Mini» —exclamó la muchacha.

—Sí, mis honorarios no me alcanzan para comprarme un «Rolls

Royce» —respondió, jocoso.

—No, si para ciudad esto cochecito me parece idóneo. Con él se aparca estupendamente y pasa por las calles más angostas. Este tuyo, además, tiene la máxima potencia, no es un ochocientos cincuenta como el mío.

—Ah, ¿tienes uno?

—Tenía, está en el cementerio de coches. Sólo había pagado el seguro a terceros.

—¿Tan mal quedó?

—No se pudieron aprovechar ni las bujías.

—Diablos. ¿Y cómo es que salió tan bien librada?

—Es que yo no estaba dentro.

—¿Se lo prestó a algún amigo?

—A nadie. Me descuidé de ponerle el freno de mano y había pendiente. Por suerte, al final de la pendiente había un barranco y debajo del barranco, ninguna casa.

—Siempre está a punto de comprarse otro.

—De momento utilizo el autobús y el Metro. Después de todo sale más barato y según las consignas del gobierno, así soy un poco más cívica.

El potente «Mini» rodó sobre el asfalto y fue rebasando a otros automóviles mucho más grandes y en apariencia más potentes, pero que en proporción no lo eran, puesto que si tenían más cubicaje, también tenían que soportar mayor peso de carrocería.

El caso era que aquel pequeño y práctico vehículo adelantaba a los demás uno a uno y de este modo, Ian Trysh y Alice se dirigieron a una cafetería de ambiente vanguardista. Allí pidieron unos combinados.

—¿Pertenece al cuerpo de policía? —le preguntó la muchacha.

—No, y puesto que ambos somos jóvenes, podemos tutearnos.

—Como quieras.

—Soy ayudante del doctor Willer en el psiquiátrico benéfico Victory. Cuando en el Center Hospital no tienen camas suficientes para psicópatas peligrosos, nos los traen al Victory y allí tenemos al supuesto asesino de tu tía.

—Qué horror, encontrarse con un loco homicida en la noche y en un callejón solitario.

—Tu tía, bueno, ya sabes la vida que llevaba.

—Sí, lo sé, y también comprendo que frecuentando esos ambientes terminara en la Morgue, muerta violentamente. No es raro leer en los periódicos el hallazgo de cadáveres de mujeres de vida callejera flotando en las aguas del Támesis.

—La vida nocturna en las calles, no sólo de Londres sino de cualquier ciudad importante del mundo, es peligrosa.

—Te estarás preguntando si yo también he frecuentado esa vida.

—No tengo ningún derecho a preguntar nada, estamos aquí como simples conocidos. Has pasado un mal rato y creo que un poco de compañía no te irá mal, aunque con ello salga yo beneficiado.

—Gracias —dijo Alice, sonriendo un poco forzadamente.

—Eres muy bonita, sería una pena que cayeras en el ambiente de tu tía.

—No pienso caer, aunque en la vida nunca se sabe lo que terminará ocurriendo.

Hizo una pausa y prendió fuego a un pitillo que sacó de su propio bolso. Ian tomó otro, aunque el sabor le pareció demasiado suave para su gusto.

—Mis padres murieron en un accidente de carretera cuando yo era una niña, íbamos en un autocar hacia Stanford. Yo me salvé, pero ellos murieron, cosas que pasan. Mi tía quiso adoptarme, pero el tribunal se opuso, pues la policía ya tenía referencias de la clase de vida que llevaba. Como no tenía más familia, me internaron en un orfanato, pero Laly, de vez en cuando, venía a verme o me enviaba algunos giros. De ese dinero yo recibía muy poco, pero servía para que me trataran mejor. Estudié cuanto me fue posible y luego pedí hacer el curso de auxiliar médico, ocupando una plaza en una residencia para estudiantes. Tuve muchas amistades, pero el ambiente no me satisfacía. Quizá por haber muerto mis padres tan prematuramente he sido una chica algo solitaria y cuando comencé a ganar dinero, me alquilé una pequeña buhardilla. Antes fue de un pintor que vendía sus telas por Portobello, creo que eran unos cuadros bastante malos. Un día quedó debajo de un autobús. Él también estaba en este mundo más solo que una rata, nadie reclamó sus cuadros y me los encontré en la buhardilla cuando la renté. La verdad es que me hacen compañía cuando me siento un poco melancólica.

Tomó el vaso de bebida con la misma mano en la que sostenía el cigarrillo y tras sonreírse de sí misma, añadió:

—Si sigo contándote cosas de mi vida me temo que me vas a pasar la minuta de tus honorarios como psiquiatra.

—Para una amiga lo hago gratis.

Una hora más tarde, Ian Trysh se hallaba en la buhardilla de Alice, contemplando los cuadros del anodino e ignorado pintor que llegara a vender sus telas prácticamente a peso y había terminado expirando bajo las ruedas de un autobús de dos pisos, tan rojo como la sangre con que había teñido el oscuro asfalto de la City.

—La verdad es que hay que admitir que estos cuadros no son muy buenos —opinó, paseando la mirada por las telas colgadas en las paredes de la pequeña buhardilla de ventanales oblicuos por los que durante el día se filtraba la claridad de un Londres que a costa de esfuerzos, civismo y libras esterlinas, trataba de ser limpio. En aquellos momentos era ya de noche.

—¿Y aquellos cuadros que están apilados contra la pared?

—Son los que pintó parangonando a Goya en su serie negra. Quería llevármelos a cualquier parte y quemarlos, pero me quedé sin mi utilitario y ahí siguen. La verdad es que los tengo contra la pared para no verlos, producen pesadillas.

—Será interesante verlos.

—¿Como psiquiatra o como amante del arte?

Tan sonrió cuando sonó el timbre del teléfono.

Alice descolgó el aparato mientras el hombre observaba la primera de las telas, que resultó fantasmagórica. Era de fondo negro; había un enorme ojo y dentro de la pupila, una calavera que inspiraba una sensación más desagradable que si fuera una calavera real.

—Ian, es para ti.

—¿Para mí? —se asombró—. ¿Quién sabe qué estoy aquí?

—Es el inspector Hastings. Como sabe que hemos marchado juntos, ha telefoneado aquí para ver si te encontraba.

Trysh se hizo cargo del auricular y no tardó en reconocer la voz molesta y tajante del inspector:

—Oiga, doctor Trysh, ¿dónde está el doctor Willer y el paciente que les hemos confiado?

—¿Dónde está el doctor Willer y el paciente? No le entiendo,

inspector.

—Al Juez no le va a gustar nada esto. Ese loco homicida no podía abandonar el Victory y el doctor Willer se lo ha llevado a alguna parte. ¿Qué sabe de eso? Es mejor que me lo diga antes de que suceda algo desagradable.

—No sé nada y tampoco que el doctor Willer tuviera intención de llevárselo a ninguna parte. ¿Ha llamado a su consultorio particular?

—Sí, y por allí no ha aparecido. ¿Sabe usted algún otro lugar al que haya podido ir?

—Aparte de su casa, no, y si deseaba examinar a fondo al paciente, en el Victory tenía todos los medios a su alcance.

—Pues en el Victory me han informado de que el doctor Willer ha salido caminando junto al supuesto homicida y los dos se han marchado en el auto del doctor Willer.

—¿El paciente llevaba la camisa de fuerza puesta?

—Sí, me han dicho que llevaba la camisa de fuerza encima de ese sayal de monje que viste.

—De todos modos, da lo mismo —rezongó Ian Trysh en voz baja, lo que irritó al hombre de Scotland Yard.

—Oiga, ¿qué ha dicho? No lo he entendido.

—Que sigan buscándole, porque yo no sé dónde está y le recomendaría que lo buscaran por los alrededores del Half Moon. Es posible que el doctor Willer corra un peligro muy serio.

—¿Cree que lo puede asesinar a él también?

—El doctor Willer tiene una personalidad muy fuerte, pero busquen cuanto antes, especialmente en los lugares oscuros. Ese ser no soporta la luz.

—¡Maldita sea mi suerte! —masculló el inspector Hastings al otro lado del hilo telefónico. Luego, colgó.

La muchacha preguntó:

—Me temo que sucede algo malo, ¿no es cierto?

—Creo que el doctor Willer, del que soy ayudante, corre un grave peligro.

—Te he oído decir que el loco llevaba una camisa de fuerza.

—No es un psicópata común, es algo diferente. Yo estudio parapsicología y aun así, me desconcierta profundamente. Ese sujeto tiene poderes extraños, es maligno y da la impresión de

haber permanecido largo tiempo en alguna parte y ahora, por alguna causa desconocida, ha escapado de su encierro.

—¿Te estás refiriendo a que es un ser sobrenatural?

—No en la forma que lo dices, pero existen muchas cosas a las cuales la ciencia no encuentra explicación. En ocasiones, se dan a la publicidad por lo curiosas que resultan, pero en otras se ocultan para no provocar el pánico entro la gente.

—No me estarás diciendo que tú, todo un psiquiatra, crees en historias de vampiros y hombres-lobo, ¿verdad?

—Hay algunas cosas que desconoces en este caso y es preferible que sigas ignorándolas.

—¿Por qué? Después de todo, la asesinada era pariente mía. Soy su heredera, aunque todo su legado consista en una acción de un antro de mala nota.

—De acuerdo, te diré algo. Como psiquiatra pienso que ese individuo al que teníamos en una celda y bien sujeto, tiene poderes para sugestionar al mismísimo doctor Willer, por muy psiquiatra que éste sea.

—Si tenía esos poderes, ¿por qué no lo había hecho antes?

—Estaba bajo el Influjo de drogas que había tomado poco antes de ser capturado. Luego, en el Victory se le inyectó un tranquilizante, pero puede haber recobrado su lucidez y creo que su maldad. Ese sujeto, que no sabría si catalogar de humano, es maligno. Me interesa mucho para los estudios que estoy realizando pero admito que es peligroso y le creo capaz de cosas muy graves.

—Es una teoría la de que ha hipnotizado al doctor Willer para salir junto a él del hospital como la cosa más natural del mundo y sin molestarse en quitarse la camisa de fuerza para que nadie sospeche. ¿Lo ha pensado así el inspector Hastings?

—Imagino que le estará pidiendo una orden al juez para hurgar en el Half Moon y sus alrededores.

—¿Irás tú a ayudar en esa búsqueda?

—No, creo que allí no podría ayudarles en absoluto; sin embargo, enfocaré la investigación por un lado muy distinto al que lo hará el inspector Hastings.

—¿De qué modo vas a investigar tú, acaso como psiquiatra?

—No, como parapsicólogo. Es posible que tenga problemas con Scotland Yard, pero después de todos los tratados que he leído,

tengo sospechas, sospechas tan graves como fantásticas. Y no puedo contárselas a nadie hasta que esté más seguro de lo que pienso. De momento, me temo que voy a tener que revisar un montón de viejos libracos.

—En ese caso, voy contigo.

—¿Adónde?

—Adonde tú vayas. Mañana no tengo pase de modelos y si no duermo esta noche, ya lo haré mañana.

—Está bien, vamos, pero te advierto que si es cierto lo que sospecho, tendrás muchas pesadillas.

—No hay cuidado; tú eres psiquiatra y has dicho antes que a mí no me cobrabas.

Poco después, el pequeño pero potente «Mini» rodaba veloz por las calles de un Londres nocturno y apagado por la carestía energética.

# Capítulo IV

Como era lógico y debido a que ya era muy cerrada la noche, no pudieron entrar en ninguna hemeroteca ni biblioteca pública, pero mientras Alice Darnell aguardaba en el interior del «Mini», Ian Trysh hizo una llamada en una cabina telefónica. Comenzaba a caer una fina lluvia, tan helada que semejaba aguanieve.

Dentro del pequeño pero confortable coche, Alice fumaba mientras esperaba.

Ian regresó al vehículo y mientras lo ponía en marcha dijo:

—Creo que podemos tener un poco de suerte.

—¿Sí, por qué?

—¿Te caen bien los espiritistas?

Alice dio un respingo, apartando el cigarrillo de sus labios.

—¿Vamos a ver a un espiritista?

—En estos momentos, tiene una sesión con algunas damas y caballeros burgueses y aburridos, ansiosos de emociones. Seguro que ya han visto El exorcista y quieren seguir teniendo emociones pero más directas, en su propia carne.

—¿Qué piensas encontrar en una sesión de espiritismo?

—Nada. Yo no creo en el espiritismo propiamente dicho, pero como psiquíatra y parapsicólogo me interesan los médiums y sus trances cuando son reales y no trucados. También me interesan las personas que acuden a esas reuniones, muchas de las cuales precisan atención psiquiátrica.

—¿Piensas que ese espiritista que tú conoces sabrá algo?

—He hablado con su hermano, le cuida la casa mientras él está en sesiones, es un completo profesional. Tiene una médium germánica que le va muy bien. Habla inglés cuando está en trance y sin embargo, en su vida normal sólo habla alemán.

—¿Y cómo puede hacerlo?

—Es un caso de xenoglosía, es el nombre que se da en parapsicología a ese fenómeno, aunque los espiritistas le dan otra explicación. En fin, viven de eso y lo creen a pies juntillas. Su mesa se mueve y nadie puede rebatirlo.

—¿La mesa de sesiones se mueve sin trucos?

—Sí, yo mismo lo he constatado. He revisado la mesa de arriba abajo, hasta con un detector de metales que me prestaron en la asociación de parapsicólogos británicos a la que pertenezco, pero no hay truco, por eso le tengo cierto respeto. Creó que está equivocado, pero no hace traeos, lo que sucede es que la parapsicología va encontrando explicaciones lógicas y racionales a lo que ellos llaman «hablar con los muertos» y otras cosas sobre las reencarnaciones, etcétera.

—¿Y piensas encontrar la verdad sobre los crímenes del loco del Half Moon a través de la médium alemana?

—No, aunque es una médium de categoría dentro del mundillo de los espiritistas. Nació en el mismo pueblecito que nació Adolf Hitler, y se comenta que son oriundos de allí los mejores médiums, pero no se trata de eso. Mi amigo, barón Copérnico, es un magnífico bibliófilo y en su biblioteca particular posee unos incunables de incalculable valor.

—¿Barón Copérnico, se llama así de verdad?

—Por lo menos, eso reza su tarjeta de visita, no sé lo que dirá su cédula de identidad, nunca se la he pedido. Lo cierto es que le va muy bien con lo de barón Copérnico.

Llegaron a una pequeña y oscura mansión del distrito de Kensington. Tenía planta y piso y se hallaba circundada por un jardín también pequeño, lleno de arbustos nada cuidado.

Allí no había perro, pero mientras aguardaban bajo la fina y helada lluvia, Alice Darnell divisó un par de ojos casi fosforescentes que les contemplaban desde la entrada de la carbonera.

—Allí hay algo —dijo señalando los ojos.

—Son los gatos del barón Copérnico. A él no le agradan los perros, dice que son muy ruidosos cuando ladran.

—¿Gatos, es que tiene más de uno?

—Yo diría que más de una docena y todos negros.

—¡Jolines! —Exclamó Alice, espontánea—, qué sujeto. Esta casa tiene un aspecto muy lúgubre. ¿Crees que nos recibirán? No hay

una sola luz encendida.

—Estarán de sesión y entonces se aíslan del exterior por completo.

Ian Trysh pulsó un botón de llamada y la joven comentó:

—No se oye nada. ¿Habrán quitado la corriente?

—No, es que no hay timbre, se enciende una luz en dos lugares distintos de la casa. El barón Copérnico lo tiene todo controlado para que no se produzcan ruidos extraños mientras celebran la sesión de espiritismo. Incluso, la habitación donde realiza las experiencias y que parece totalmente normal, no lo es. Está insonorizada por si pasa un coche cerca y hace ruido con su motor. Eso podría llegar a romper el equilibrio psicológico que intenta alcanzar para conseguir sus fines. En pocas palabras, es un profesional concienzudo.

Se abrió la puerta principal y del interior de la vivienda emergió una débil luz. Algo semejante a las alas de un gran murciélago se desplegó: era un paraguas.

—Bien venido a la mansión del barón Copérnico, doctor Trysh.

—Hola, Ernest. ¿El barón sigue en sesión?

—Sí, tiene gente muy importante esta noche.

—Descuida, no le molestaremos, sólo quiero consultar en la biblioteca particular del barón.

Ernest, un individuo bajito y flaco, de nariz ganchuda y cejas blancas, observó receloso a Alice. Ian Trysh se apresuró a decir:

—Es mi enfermera particular. Me ayudará a buscar los datos que necesito.

—Está bien, pasen. Mi hermano el barón le tiene a usted en gran estima pese a que no comparten mutuamente sus respectivas teorías, pero para él será un honor que usted consulte su biblioteca, aunque sea a altas horas de la noche.

Alice notó un roce entre sus piernas y se asustó, dando un respingo.

—No se apure, señorita, es «Wagner».

—¿«Wagner»? —repitió impresionada, no sólo por la mansión sino por el aspecto de aquel hombre pequeño y flaco, de nariz ganchuda y porque dentro de aquella casa negra y lúgubre se estaba celebrando una sesión de espiritismo.

Posiblemente, una mesa se estaría moviendo y una alemana que

ignoraba el inglés estaría hablando en dicho idioma.

—Es uno de los gatos del barón —le dijo Ian.

—¿Y cómo sabe que es «Wagner», si todos son negros y es de noche?

—Cuestión de tiempo y sensibilidad, señorita. Síganme.

«Wagner» resultó grande, muy grande para el gusto de Alice. Aquel gato distorsionaba la idea que ella tenía de los simpáticos felinos.

El animal tenía el pelaje algo mojado y dejaba unas diminutas huellas en el *parquet* y en las alfombras por las que pasaba.

Caminaba delante de ellos, precediéndoles. Sólo de vez en cuando miraba hacia atrás como para comprobar que le seguían. «Wagner» parecía muy seguro de hacia qué dependencia de la casa querían ir y aquello inquietó a Alice.

Miró de reojo a Ian Trysh para comprobar si estaba preocupado, pero el hombre parecía encontrarlo todo normal y se preguntó si no estaría caminando junto a otro loco.

Se convenció de que no y se pegó más a él, buscando su protección, su fuerza, su calor.

Ernest, el hermano del barón Copérnico, encendió la luz de una sala que resultó la biblioteca. Luego les dijo:

—Les dejo solos. He de estar atento por si mi hermano me necesita. Cuando quiera abandonar la biblioteca ya sabe lo que debe de hacer, doctor Trysh.

—Sí, ya lo sé, gracias, no soy nuevo en la casa.

Ernest dibujó una sonrisa que resultó una mueca desagradable.

Alice fue la primera en pasar a la biblioteca, bueno, así lo creyó ella, pues el primero en entrar fue «Wagner» que al caminar no producía el más mínimo ruido.

Tras la mujer penetró el joven psiquiatra y unos segundos después, la puerta se cerraba, aislándoles. Lo que inquietó a la mujer es que se percató de que la llave giraba en la cerradura, encerrándoles.

Fue hacia la puerta y trató de abrir moviendo el pomo. Asustada, se quejó:

—Nos han encerrado.

—Sí, ya lo sé.

—¿Lo sabes y no dices nada?

—Es lo habitual cuando el barón Copérnico tiene sesión. Es lógico, no tolera interrupciones. Hemos estado de suerte de que me dejaran pasar a la biblioteca, pero no te apures, así estaremos más tranquilos. ¡Fíjate en los libros que tiene aquí ese hombre!

Los anaqueles llegaban hasta el techo y no era un techo común, sino una techumbre de mansión antigua, con más de seis metros de altura.

Unas largas escaleras estaban fijadas a unas guías sujetas a lo alto y que se deslizaban en horizontal para poder abarcar toda la pared. Y en cada testero había una de aquellas larguísimas escaleras para poder alcanzar con las mismas cualquier libro, por escondido que estuviera.

—¡Ian!

—¿Qué?

—¡El gato, ese «Wagner»!

El felino se había arrellanado en una mullida, antigua y posiblemente valiosa butaca, que para sí hubiera querido algún anticuario de Portobello para ganar sus buenas fibras con la compra-venta.

«Wagner», enorme, negro, de ojos amarillo verdosos, no se había enroscado allí para dormitar, sino que se había colocado con la cabeza de forma que los mantenía vigilados. Sus pupilas no se apartaban de la pareja.

—Déjalo, no hace nada, es decir, nada si no lo molestas. Podría arañarte. A las fieras hay que tratarlas con cuidado. Mira, yo tengo un mordisco en la mano.

Ella se acercó para observarle la mano.

—¿Ha sido un gato o un perro?

—Ni lo uno ni lo otro; es la marca de los dientes del ser que asesinó a tu tía Laly.

Alice le observó preocupada.

—Es un loco furioso, ¿verdad?

—Creo que ése no es su peor mal. Si sólo estuviera furioso… En fin, cualquier catedrático de Medicina que me viera ahora y se diera cuenta de lo que voy a buscar, diría que estoy yo loco o que denigro a la ciencia, pero como también soy parapsicólogo y en esta ciencia dos y dos no son cuatro, voy a seguir adelante, de modo que empecemos a buscar.

—¿Buscar, pero en qué libros? ¿Por dónde empezamos?

—A ciencia cierta no lo sé. Iremos probando. Hay que confiar un poco en el azar. Si conociera el nombre de aquel ser… Pero, aguarda, dijo algo, lo único inteligible que soltó…

—¿Y qué fue lo que dijo?

—Mammy White.

—¿Significa eso algo especial?

—No lo sé, pero intentaremos averiguarlo en esta biblioteca especializada en espiritismo, sucesos anormales, futurología, astrología, quiromancia y toda clase de ciencias de las llamadas ocultas.

—Lo que tú digas, Ian, pero hay algo que no me gusta.

—¿Y qué es? ¿Tienes miedo de estar encerrada aquí conmigo? Palabra que no voy a propasarme, estamos investigando.

—No, se trata del gato. No me gusta como me mira.

—Pues no lo mires tú a él.

—Eso es fácil de decir, pero creo que no le caigo simpática.

—Después de todo, ésta es la casa del barón y los gatos son suyos. De este modo se libra de tener ratones, que son enemigos de los libros y los volúmenes que hay reunidos aquí no tienen precio, por absurdos que parezcan algunos de ellos. Cada libro, en sí mismo, es una pieza rara y valiosa. Estoy enterado de que varias Universidades importantes han hecho al barón Copérnico ofertas muy sabrosas por determinados ejemplares que guarda aquí, pero él no ha vendido.

Al cabo de una hora se podían ver extendidos sobre la larga mesa una gran variedad de libros, muchos cerrados, otros abiertos.

El gato «Wagner» seguía arrellanado en la butaca, pero ahora con los ojos no tan abiertos, sino semicerrados, como si tuviera sueño, aunque hiciera esfuerzos por vencerlo para que nada se le pasara por alto.

—Aquí, aquí tengo algo…

Ante la exclamación casi Jubilosa de Alice después de tanta búsqueda, Ian Trysh dio vuelta a la mesa y se le acercó.

—A ver qué dice.

—Aquí, aquí, Mammy White…

—Sí, ya veo. Se refiere a una serpiente blanca y ciega que vivía en el Reino de las Tinieblas.

Alice le miró interrogante.

—¿Te dice algo eso?

—Pudiera ser.

—¿No estás seguro?

—¿Cómo crees que podría matar una serpiente que no fuera venenosa?

—Pues, por constricción, es decir, enroscándose y estrujando a su víctima.

—Cierto, hasta asfixiarla o romperle los huesos para mejor engullirla después. Sin embargo, podría tratarse de una serpiente relativamente pequeña y si la presa lo resultaba demasiado grande y no tuviera que comérsela, lógicamente se le enroscaría alrededor del cuello y apretaría hasta estrangular a su víctima.

—¿Crees que así mataron a mi tía?

—No es seguro, claro que la muerte del enfermero del Victory tampoco está más clara. El paciente homicida estaba bien sujeto en la cama y el enfermero murió estrangulado.

—Aquí dice que en el Libro de los Antiguos Alquimistas de Chelsea se hace referencia a Mammy White.

—¿El Libro de los Antiguos Alquimistas de Chelsea? —Repitió Ian—. Será un libro muy raro. Busquemos en el índice general. Lo que no encontremos en esta biblioteca del barón Copérnico sobre temas raros de magia oculta, espiritismo, hermetismo y alquimia, creo que no lo hallaremos en parte alguna.

Esta vez sí hubo verdadero Júbilo en Alice al hallar lo que buscaba en el índice. Para ella, aquello estaba resultando ya como un juego divertido.

—Es cierto, anaquel veintisiete, tomo mil doscientos cuarenta y tres.

Desvió su mirada hacia lo alto y señaló uno de los anaqueles que se hallaba a ras de la horizontal del techo. Hasta él llegaba tan poca luz que los libros formaban una masa compacta y oscura.

—Parece que no está muy accesible.

—Bien, subiré al Everest —comentó Ian, irónico—. Si en vez de pantalones llevaras faldita corta, te pediría que subieras tú a buscarlo.

—Cualquier día, con esto de los movimientos feministas, las mujeres exigiremos que los hombres llevéis falda escocesa y os

pediremos que busquéis libros que se hallen muy altos.

Ian se acercó a ella. Le rozó delicadamente los labios con los suyos y le dio una palmadita en la mejilla.

—Veremos si encontramos algo en ese libro.

Ian Trysh comenzó a trepar por la empinada escalerilla. Abajo aguardaba la muchacha, tocándose suavemente los labios besados, caricia que no la había molestado en absoluto, todo lo contrario.

Al ver trepar tan alto al hombre, el gato «Wagner» abrió más los ojos, pero no movió su cuerpo peludo y suave.

Sus grandes ojos tenían una singular fosforescencia, parecía como si aquel animal poseyera una inteligencia especial, algo sutil y malévolo a un tiempo que inquietaba a Alice, mientras que al psiquiatra parecía no importarle en absoluto.

Siguiendo el orden numérico, pues el barón Copérnico tenía un amor completo al orden, Trysh encontró el posado libro que buscaba. Cargó con él y descendió lentamente por la escalera.

Alice comentó:

—Parece un libraco muy antiguo.

—Y lo es. Sin duda alguna, se trata de un incunable, es decir, un libro anterior al siglo XVI.

—Entonces, no tendrá precio.

—Por supuesto, su valor será incalculable.

Depositaron el grueso volumen con tapas de cuero rojo oscuro sobre la mesa, apartando otros libros. Abrieron los cierres metálicos que eran de plata, una plata que parecía oscura, sulfurada.

—Libro de los Antiguos Alquimistas de Chelsea —leyó Ian en la portada.

—Está en inglés antiguo.

—No obstante, creo que podremos entenderlo.

El libro había sido compuesto por un litógrafo judeo-germánico, asentado en Londres.

Se trataba de una recopilación de datos históricos y otros que no lo eran tanto y que se podían considerar leyendas. También había grabados, algunos eran blasones, escudos nobiliarios.

—Aquí, aquí —señaló Alice, emocionada por el hallazgo.

Al final de uno de los relatos vieron un grabado retocado a mano y con pincel, utilizando pintura de oro y plata.

Podía verse un esqueleto de aspecto siniestro, en una de cuyas

manos sostenía una guadaña, simbolizando a la muerte. Pero en el cuello, en espiral y alzando su cabeza, tenía una serpiente pintada en plata. Al pie, en inglés antiguo, pedía leerse:

«Mammy White sujeta a la muerte».

Ambos se miraron. Habían encontrado algo que parecía muy importante.

—¿Es esto lo que buscabas, Ian?

—Sí, pero parece incongruente que si la serpiente blanca y ciega sujeta a la muerte, sea ella precisamente quien estrangule.

—No irás a tomar esto en serio, ¿verdad? Tú eres un médico, un psiquiatra.

—Sí, pero hay muchas cosas que nadie puede explicar y cerrar los ojos para decir que no los hemos visto no quiere decir que esos sucesos inexplicables no estén delante de nosotros. No me gusta la política del avestruz.

Al pasar la hoja, comenzaba el relato de la leyenda de la serpiente llamada Mammy White.

Según dedujeron de aquel texto bastante confuso y plagado de oscuros hermetismos, quien poseyera los favores de Mammy White podría sujetar a la muerte, su implacable guadaña.

En apariencia, era una de tantas historias que hablaban del logro de la inmortalidad humana conseguida a base de invocaciones, elixires y prácticas mágicas que tanto habían proliferado en el Medioevo.

—Yo no puedo creer en nada de esto —dijo Alice con seguridad.

—Yo tampoco, pero veamos qué dice.

Pasaron la otra página y descubrieron un grabado. Ian Trysh se lo quedó mirando con fijeza, había palidecido intensamente.

Alice lo notó y puso su mano sobre él, preguntándole:

—¿Qué ocurre?

—Es él.

—¿Quién?

—El alquimista dibujado aquí es su vivo retrato. Sayal largo, cabellos blancos, rostro cadavérico, ojos sin pupilas aparentes, y en la mano lleva una representación de Mammy White.

—Pero ¿a quién te estás refiriendo? —insistió, nerviosa.

—¿A quién va a ser? Al asesino, al extraño y maligno ser que se ha llevado consigo al doctor Willer, escapando así del psiquiátrico

Victory.

En aquel instante, una sombra oscura, flaca y muy alta, que proyectó una sombra fantasmal y estrecha sobre los libros de las estanterías que cubrían totalmente las paredes, apareció tras ellos.

Los ojos del gato fueron los primeros en descubrirla, y el animal disparó los músculos de su cuerpo y saltó en el aire, maullando.

# CAPÍTULO V

Una mano larga, suave, de color alabastrino, acarició el lomo del enorme gato negro.

Alice dio un respingo, casi ahogó un grito de sorpresa al ver tras ella a aquel hombre muy alto, que aún lo parecía más por su delgadez y el oscuro frac que vestía.

Su cabello lacio tenía un color amarillento en su canosidad. La perilla que lucía era grisácea y sus ojos estaban ligeramente maquillados, sombreados, como para darles sensación de más profundidad.

—Buenas noches, mi joven y apreciado doctor Trysh —saludó con voz grave, pausada.

—Nos ha dado un susto, barón… —le respondió Ian, amistoso—. Anda usted tan silencioso como sus gatos.

El barón sonrió levemente, sin dejar de acariciar a su gato favorito que alzaba la cabeza a cada pase de la mano para que la caricia resultara más fuerte, para que el contacto físico entre animal y amo fuera más intenso.

—Señorita, celebro conocerla. Si está de ayudante del doctor Trysh es sin duda alguna una mujer inteligente, además de bella.

—Muy amable, barón —aceptó ella, sintiéndose como transportada a otro tiempo, como si estuviera ante un personaje extraído de aquellos libros que su hallaban en los anaqueles.

—Barón Copérnico, Alice Darnell —presentó Ian Trysh.

El barón tomó ceremoniosamente la diestra de la muchacha para besársela, y al doblar su espalda se oyó un continuado crujido de huesos.

—Señorita, no haga demasiado caso de lo que mi joven y apreciado amigo el doctor Trysh diga de mí. Tiene un gran defecto.

—¿Ah, sí? ¿Y cuál es?

—Que es joven. Como dijo Diocleciano, la sabiduría está en la edad augusta, a la cual pertenezco honrosamente. Por cierto, doctor Trysh, me hubiera gustado que se hallara presente en la sesión de esta noche.

—¿Ha acudido el espíritu de algún muerto?

—No, ha sido algo extraordinario, como una interferencia maléfica pero muy interesante. Por cierto, la interferencia era alguien que llevaba un sayal de monje como ése. —Y señaló el grabado del libro.

—Quizá es que estábamos pensando en él y nuestras ondas telepáticas han interferido en su sesión de espiritismo. Ya sabe, barón, que por mucho que acolche su sala de sesiones, la telepatía no tiene muros ni fronteras que la detengan.

—Habló el parapsicólogo, señorita Darnell. Él no cree que los espíritus de los muertos acudan a la llamada llena de ansiedad de los vivos. Tendría que participar usted algún día en una de las sesiones y se convencerla de ello. Y a lo mejor lograba usted convencerlo a él con su sinceridad mucho mejor que yo, pues ante mí está receloso y a la defensiva.

—Serla un honor para usted, barón, que yo estuviera a la defensiva. En cuanto a la señorita Darnell, acepto que si asistía a una de sus sesiones podría constatar hechos que la confundirían, pero todo ello puede tener una explicación científica.

—No discutamos, espero vivir muchos años y tiempo habrá para convencerle y convertirlo en uno de mis prosélitos, doctor Trysh. Por cierto, veo que han removido mucho mi interesante biblioteca particular.

Alice, como excusándose, sintiéndose en falta ante aquella presencia que imponía, se apresuró a decir:

—Es que nos ha costado mucho encontrar lo que buscábamos.

—De modo que lo han encontrado ya.

Ian miró a la muchacha como reprochándole su candidez.

—Tenía curiosidad por saber quién era Mammy White, barón.

—Pues habérmelo preguntado directamente y se lo habría respondido. Mammy White es la serpiente blanca y ciega que sujeta a la muerte y favorece y obedece a quien le rinda culto y adoración. Al parecer, según la leyenda, eso sólo lo consiguió un hermético alquimista del siglo dieciséis llamado Jason Underground. Su

apellido quizá se lo pusiera él a sí mismo, poco se sabe de este personaje extraño y maligno. Sólo se sabe que causó pavor entre sus vecinos. Los representantes de la autoridad no quisieron acosarle por miedo a los poderes maléficos que se le suponían, pero en un noble cuyo nombre no se dio a conocer encontró a un tenaz enemigo. Este noble movió a la chusma en contra del alquimista y al parecer acabó encerrándole en las oscuras profundidades de la tierra. No se dan detalles al respecto, pero se supone que este noble era muy docto y estaba asesorado por los Rosacruces. En fin, algo complicado y oscuro que se perdió en el tiempo y que a través de los siglos no se puede ya comprobar si fue historia o leyenda.

—Pues el doctor Trysh dice que es él —indicó Alice, señalando con el dedo al alquimista encapuchado y de rostro maligno y cadavérico del grabado.

Los ojos del barón Copérnico se avivaron súbitamente. Miraron al libro y luego el joven psiquiatra. El gato, como si hubiera captado el repentino interés de su amo, clavó sus pupilas también en la figura del grabado y maulló despacio, largo y desgarradoramente.

—Quieto, «Wagner», quieto, sólo es un retrato antiguo, muy antiguo. ¿No es cierto, mi joven y apreciado doctor Trysh?

Alice, ante el gesto de Ian, comprendió que había hablado en exceso y trató de desviar la atención del extraño y conspicuo barón Copérnico.

—Pero ¿cómo sabía usted toda esa historia de Jason Underground, el alquimista?

—Señorita, aunque vea muchos libros en los anaqueles, yo no los compro para adornar las paredes, para cubrir las nobles piedras de esta casa. Los compro para enterarme de su contenido.

—Sí, ya veo, pero debe de tener usted una memoria extraordinaria para acordarse de todo y con tantos detalles.

—Si no fuera así, yo no sería el barón Copérnico. —Con naturalidad, cerró el libro y puso los cierres de plata. Mientras lo hacía, sin mirar a Trysh, preguntó—: ¿Y quién supone que es Jason Underground?

—Barón, ya sabe usted que soy psiquiatra del Victory Hospital. Siempre hay pacientes que creen ser personajes históricos o de leyenda, incluso de ficción.

—Es cierto, pero ¿no le parece muy raro que alguien haya

querido parecerse a Jason Underground, cuando, que yo sepa, sólo se había de él en este libro, del cual, según la asociación de bibliófilos británicos, queda únicamente este ejemplar?

—Sí, es un poco raro. A lo mejor, él ha oído hablar de este personaje fuera de Inglaterra.

—De todos modos, sigue pareciéndome interesante. Me agradaría visitar a ese paciente.

—Me temo que no va a ser posible, barón.

El gesto del barón Copérnico se endureció.

—Creo que yo no le niego a usted favores. Ahora mismo es de madrugada y está en mi biblioteca particular. ¿Acaso no responde a un favor con otro favor a su alcance?

—Por supuesto que sí, pero es que ese paciente ya no está en el psiquiátrico Victory.

—¿Qué ha ocurrido con él?

—Lo ignoro.

—¿Acaso no le agradaba da dieta alimenticia del hospital?

—A mí, particularmente, no me lo ha comunicado —respondió en la misma línea irónica.

—¿Y no podría decirme cómo se llama ese paciente que se cree la reencarnación de Jason Underground, el alquimista que se supone obtuvo el poder de Mammy White?

—No conocemos su nombre, no llegó a decirlo.

—En ese caso, es muy raro que lo dejaran marchar del psiquiátrico.

—Eso mismo pienso yo, pero es cosa del doctor Willer.

—Entonces, disculpe por haber dudado de su buena voluntad con un amigo como creo que soy yo para usted.

Ian Trysh hubiera deseado abrir de nuevo aquel libro único y enterarse más y mejor de lo que allí ponía sobre el legendario alquimista que llegara a alcanzar poderes maléficos con la ayuda de la serpiente blanca y ciega.

—Le ayudaremos a colocar de nuevo los libros en sus lugares correspondientes, barón.

El espiritista sonrió con exagerada amabilidad pero sin soltar el libro y dejando al gato sin caricias. Éste miró a un lado y a otro y saltó de la mesa, desapareciendo.

—No se preocupen, esta labor es especial para mi hermano

Ernest. Es muy cuidadoso, mima los libros. Cada uno de estos volúmenes, antes de ocupar su lugar en los anaqueles, será limpiado de polvo con suavidad. Él sabe muy bien lo que representan para mí.

Les condujo fuera de la biblioteca y se despidió de ellos en el semioscuro salón que conservaba el sabor de otros tiempos ya anclados en la historia.

Ernest, que contrastaba grandemente con la personalidad de su hermano, les acompañó hasta la puerta de la calle.

En el exterior no llovía ya, pero el suelo estaba cubierto por una fina capa de nieve que comenzaba a deshelarse.

—Vaya, ha nevado —observó Alice.

—Estábamos tan embebidos dentro de la biblioteca que no nos hemos enterado de lo que sucedía afuera.

Con frío, prisas y oscuridad, subieron al «Mini» 1.275 y se alejaron de la mansión del barón Copérnico.

Ian Trysh comenzó a fumar un cigarrillo que le encendiera la joven. Parecía pensativo y ella comentó:

—Creo que he metido la pata hablando demasiado.

—El barón Copérnico no dejará escapar una ocasión como ésta.

—¿Quieres decir que investigará?

—Sin duda alguna. Pagará a un detective para que le proporcione los primeros datos de lo que busca. El viejo espiritista, además de un erudito en las materias que le interesan, es un zorro y sabe doblemente por viejo y por listo. Nuestro interés por esa figura fantasmagórica ha picado su curiosidad.

—¿Y por qué no le has contado lo que sabes sobre el caso?

—Porque si el barón supiera algo, tratarla de apuntarse un éxito profesional y si en la prensa amarilla se publica cómo ha muerto Laly la Gorda y que le falta el corazón, se orearía el pánico.

—¿Que le falta el corazón, dices? —repitió Alice sin dar crédito a lo que acababa de oír.

—Vaya, parece que ahora he sido yo quien ha metido la pata.

—Explícate.

—Mañana. Esta noche estamos los dos bastante cansados y yo todavía tengo que recibir noticias del doctor Willer. De todos modos, no conviene que el vulgo coja pánico.

—¿Pánico a estas alturas? Vamos, Ian, que falta poco para el año

dos mil.

—Sí, pero el hombre siempre experimenta terror ante los hechos de esta Índole. En estos momentos, hay una ola por todo el mundo de misas negras, organizadas por gente que se aburre. No, no es conveniente que se sepa nada sobre ese ser hasta que todo quede aclarado.

—Me intrigas, Ian. ¿De verdad crees que hay algo demoníaco en todo esto o simplemente se trata de la aparición de un loco que ha tomado la personalidad de ese siniestro alquimista que hemos descubierto en el libro del barón Copérnico?

—Soy un científico, te diría que de los que necesitan ver y tocar para creer y en estos momentos me gustaría tener una explicación razonable que darte.

El pequeño pero potente «Mini» zumbaba por las calles desiertas de la City.

Ian Trysh controlaba el vehículo para que éste no patinara en el suelo tan resbaladizo.

Una ambulancia, que no llevaba sirena pero sí el faro intermitente superior encendido, estuvo a punto de alcanzarles de lleno.

Ambos vehículos dieron bruscos virajes y patinaron sobre la sucia nieve mezclada con el barrillo de la polución. Pero no pasó nada, Ian detuvo su pequeño coche y la ambulancia, tras recobrar su estabilidad, reanudó la marcha colocando ahora la sirena pese al sueño de los habitantes de Londres.

—¡Qué susto! —Exclamó Alice—. Creí que nos pillaba de lleno.

El hombre suspiró.

—Parece que algo maléfico nos persigue.

—¿Lo dices por la interferencia que el barón Copérnico ha tenido en su sesión?

—Pudiera ser. La verdad es que estoy muy intranquilo por el doctor Willer. Iré a la estación de policía para hablar con el inspector Hastings, a ver qué noticias tiene.

—¿Te acompaño?

—No, te llevaré a tu buhardilla. Por cierto, como simple psiquiatra, te aconsejaría que si no quieres tener pesadillas nocturnas te deshagas de esos cuadros horribles que te dejó el pintor muerto bajo las ruedas de un autobús.

—Mañana mismo lo haré, buscaré a alguien para que se los lleve aunque sea pagándole.

—Bien hecho.

La condujo hasta el edificio donde se ubicaba la buhardilla.

Frenó el coche y pasando su brazo por los hombros de Alice, la atrajo hacia sí, besándola en los labios. Notó que la boca femenina temblaba ligeramente.

Ella le devolvió la caricia con vehemencia, pero unos golpecitos en el cristal de la portezuela cortaron el beso. Alice se sobresaltó. Ian bajó el cristal al ver a un agente de Scotland Yard.

El policía mal disimuló una sonrisa tras descubrir el pequeño rótulo pintado en el cristal del auto y dijo:

—Lo siento, doctor, no puede estacionarse aquí más de dos minutos.

—¿Y llevo tres?

—Orco que se le ha pasado el tiempo, doctor.

—Gracias, agente. ¿Precisa mi documentación?

—No, doctor, sé quién es usted.

—¿Me conoce? —se asombró Ian Trysh.

Si, doctor. Yo ayudé a unos compañeros a llevar a un loco homicida al psiquiátrico Victory y le vi a usted allí.

—Bien, pues encantado de volver a vernos.

—Buenas noches, doctor; buenas noches, señorita.

El agente se alejó despacio, paseando, imponiendo la seguridad de su presencia para tranquilizar a los durmientes; sin embargo, siempre vagabundeaban las fuerzas del Mal en las calles oscuras de la noche londinense.

—¿Quieres que suba contigo? —preguntó Ian.

Alice, con las mejillas algo rojas, dijo:

—No, esta noche no, por favor.

—Cómo quieras.

Alice se apeó del vehículo y aguardó en la acera. Poco después, el pequeño pero potente «Mini» se perdía en el asfalto resbaladizo de una desapacible noche de invierno.

Subió las escaleras a oscuras. El ascensor, por su ruido infernal, quedaba bloqueado durante la noche. Alice tuvo la impresión de que la seguían y sintió miedo, un miedo que no se podía palpar pero que le produjo un ligero frío en el espinazo y las axilas.

Notó entonces que tenía los pies fríos y se dijo que al llegar a su buhardilla los sumergiría en agua caliente.

Abrió la puerta y se internó en su habitáculo. Cerró después y dejando atrás la oscuridad de la escalera, se sintió tranquila, como si hubiera alejado todo maleficio que la pudiera dañar.

Calentó agua y sumergió los pies en ella. Se tomó una infusión de hierbas tranquilizantes y se metió en el lecho.

Apagó la luz, suspiró y cuando se disponía a cerrar los párpados para conciliar el sueño, vio de pronto dos grandes ojos amarillo verdosos que cerca de los pies de la cama la miraban obsesivamente.

Sintió un gran ahogo en su garganta y sin poderlo remediar, lanzó un grito de terror.

# CAPÍTULO VI

Ian Trysh halló al inspector Hastings en la Morgue.

Estaba de un humor de perros y mordía un grueso cigarro que Ian no sabía si estaba torcido porque era de pésima calidad o porque había caído entre las manos nerviosas del hombre de Scotland Yard.

—Hay problemas —gruñó el policía entre dientes.

—¿Problemas? ¿Quiere decir que ahí dentro está…?

—Sí, su jefe. ¿Le gusta subir de categoría así, de pronto?

—No, claro que no, aunque sé que existe gente a la que gusta subir de categoría, especialmente si se muere el que ocupaba el puesto de jefe.

—Muy sutil, doctor Trysh. Bueno, los dos sabemos que en los lugares importantes no sube uno de categoría porque se muera el jefe. Siempre hay alguien esperando en alguna parte. Ya sabe, se cruzan unas llamadas telefónicas, unos favores que se compensan y uno vuelve a quedarse donde estaba, con otro jefe al que sonreír.

Ian Trysh pensó que el inspector Hastings no era de los que sonreían a su jefe, pero daba lo mismo, el concepto de la idea era lógico, normal.

—¿Estrangulado? —inquirió, lacónico.

—Sí, de la misma manera. Será un poco más difícil determinar todos los detalles. Han encontrado el cuerpo del doctor Willer flotando en el Támesis, río abajo.

—¿Y ese Jason?

—¿Jason, a quién se refiere? —preguntó intrigado, torciendo los ojos.

Uno se le torció más que el otro y el doctor Trysh observó que no es que el inspector fuera estrábico, sino que la comisura de un ojo era más alargada que la del otro y le hacía parecer algo bizco

sin serlo.

El inspector Hastings debía de saber muy bien de diferentes que son las personas vistas de un lado u otro de su cara.

—Bueno, creo que el homicida se llama Jason.

—¿Cómo lo ha sabido?

Ian pensó que el inspector no sólo no daba crédito a la parapsicología, a las cosas extrañas y misteriosas, sino tampoco a la psiquiatría ni a la psicología.

Él quería cosas claras, lo que se podía probar: unas huellas, las estrías de una bala, el calibre de la misma o el ancho del ojal dejado en un cuerpo humano por una traidora cuchillada.

Si le contaba lo que sospechaba, llamaría de inmediato al psiquiátrico Victory e irían a por él con una camisa de fuerza preparada.

—Bueno, algún nombre había que ponerle, ¿no? —respondió, evasivo.

—Ustedes, los psiquiatras, son poco modernos. Cuando no se sabe un nombre se pone un número y listos.

—A eso se le llama deshumanización.

Hastings le cogió por el brazo, casi obligándole a caminar por uno de los corredores de la Morgue que tenían las paredes con baldosines blancos y en el techo, luces fluorescentes.

—Los criminales también son humanos, ¿eh? Según usted, no les gustan los números que les ponemos en las fichas policiales o carcelarias y prefieren ser llamados por sus alias. Algunos de ellos tienen un alias claro y concreto, a veces es risible pero les gusta. El Salchicha, El Tomate, El Sacatripas. ¿No le hace gracia, doctor Trysh?

—No, porque no es un chiste, es una realidad.

—Bien, entonces ¿qué alias le pondría usted a ese monje loco o lo que sea?

Ian comprendió que el inspector Hastings le estaba subestimando ligeramente por su juventud, cosa que no hubiera hecho el barón Copérnico, que lo conocía bien; sin embargo, le dejó creer que le estaba sonsacando y entonces le dijo lo que pensaba sin comprometerse a nada. Sólo estaba jugando a darle un alias al asesino.

—Jason Underground.

—¿Jason Underground? ¿Por qué?

—No sé, quizá porque ese sujeto tenía las pupilas blancas.

—¿Y eso qué significa, doctor Trysh? No me estará tomando el pelo, ¿verdad?

Ian Trysh miró la cabeza del inspector que quedaba ligeramente por debajo de la línea de sus ojos.

El hombre de Scotland Yard semejaba haberse pegado el sombrero a la cabeza con pegamento sintético y quizá es que no se le podía tomar el pelo porque sobre su cráneo ya no quedaba.

—No, inspector, es que ese hombre no soporta la luz y de ello deduzco que vivía hasta ahora en lugares oscuros y cerrados. ¿Qué mejor que llamarle «subterráneo». (*Underground significa subterráneo en inglés*)?

—De modo que usted cree que ese Jason ha salido de debajo de la tierra.

—Pudiera ser. Se dan casos de gente que tiene miedo a la oscuridad y por nada del mundo se colocarían en un lugar oscuro y subterráneo, pero también se da el caso contrario, aunque más difícilmente.

—De modo que, en su opinión, si hemos de encontrar a ose asesino ha de ser en un lugar oscuro y subterráneo.

—Sí, a menos que sea de noche.

—Ya, entonces no le molestará la luz diurna y podrá salir a las calles a cometer sus fechorías.

—Eso me temo.

—¿Sabe una cosa, doctor Trysh? —Hizo una pausa para acaparar toda la atención del joven médico y luego prosiguió—: Estoy esperando una orden del juez para realizar un registro a fondo en toda la manzana en que se ubica el Half Moon *Night Club*.

—¿Cree que nuestro Jason Underground es una de las atracciones del club?

—No, pero si en vez de matar a un pájaro matamos cuatro o cinco, tanto mejor. ¿No lo parece?

—Es su deber. Scotland Yard está para eso.

El inspector se sintió un tanto satisfecho. Apartó el cigarro de su boca y la punta de éste apareció muy mojada.

Se dio cuenta entonces de que no había estado fumando porque el cigarro se hallaba apagado. Buscó el encendedor de sus bolsillos y

éste dejó escapar una débil llamita que no dio tiempo a prender el cigarro.

—Maldita sea, se apagó.

—Se le acabó el gas, inspector.

—Al precio que están poniendo la energía, tendré que pedir aumento de sueldo en Scotland Yard.

Ian Trysh le ofreció fuego de su propio mechero, que tenía una piedra roja incrustada. En ocasiones, sin que sus pacientes lo supieran, la utilizaba moviéndola ante los ojos de ellos para sugestionarlos si era preciso médicamente.

—Bien, va a registrar toda una manzana de casas. ¿Piensa que ese Jason Underground estará operando allí?

—No lo sé, no soy adivino, pero como ese loco es peligroso y además ha demostrado que es capaz de hipnotizar a un reconocido psiquiatra, me gustaría que estuviera usted arropándome.

—Con mucho gusto, inspector.

—Y dígame, ese Jason Underground, puesto que ya lo ha bautizado, sin estar drogado, ¿podría hipnotizar a varios agentes a la vez, me refiero a si lo están acosando en un momento difícil?

—Sí, me temo que sí.

—Entonces, ese hombre, con los ojos abiertos en la oscuridad, es más peligroso que si estuviera armado con una metralleta.

—Aunque Je parezca exagerado, así es.

—En ese caso, debido a la peligrosidad del hombre que buscamos, pediré permiso al juez para que podamos llevar armas.

—No estaría de más, aunque estas palabras, dichas por un psiquiatra, parezcan una barbaridad.

—Sí, ya veo que usted no confía en la posible recuperación mental del tal Underground.

Ian permaneció pensativo breves Instantes y al fin dio su respuesta:

—Es un caso perdido.

—Dígame, doctor, ¿es usted partidario de la eutanasia?

—No, claro que no.

—Se lo pregunto porque como dice que ese caso no es recuperable… En fin, si considera que es un caso perdido, pida que lo liquiden, así el Gobierno se ahorrará las libras de su mantenimiento.

—Por favor, inspector, yo no pienso así, pero es que el caso de Jason Underground es distinto. Es algo especial, maligno.

Al inspector Hastings le hubiera gustado preguntar por qué le consideraba maligno cuando para el joven psiquiatra la palabra «maligno» debía de tener un significado diferente y más perverso que el de peligroso loco homicida.

Mas, no pudo hacerlo. En aquel momento, tras empujar la puerta, apareció el médico forense. Al verlos, se dirigió hacia ellos.

—Espero que no digan nada de esto a los muchachos de la prensa.

—¿También le falta el corazón sin que se le noten las huellas externas de la extirpación?

—Exacto, doctor Trysh.

Ante la confirmación del forense, al inspector Hastings se le cayó el cigarro de la boca.

—Pero ¿cómo se puede hacer eso? Debe de haber algún truco.

—Si lo hay, yo no lo conozco, inspector, sólo sé lo que podré escribir en la nota oficial de la autopsia practicada al cadáver del doctor Willer: «Muerte por estrangulación y no por asfixia de inmersión acuática. No presenta huellas de heridas incisas ni contusas exteriormente, salvo unas raspaduras que se habrá hecho después de muerto».

—Sí, mientras flotaba por las aguas negras de los colectores hasta llegar al Támesis.

—Exacto, y puedo confirmar que le ha sido extirpado el corazón, pero no sé cómo ni por qué.

—Hay gente que sí podría decirlo —le observó Ian Trysh.

—¿Sí, quién?

—Unos brujos filipinos.

—¿Brujos filipinos? —repitió ahora el inspector Hastings.

El forense sonrió escéptico y paciente.

—Ya he oído hablar de esos reportajes y también sé que además de psiquiatra, es usted parapsicólogo, doctor Trysh. Y le diré que aunque me pasen reportajes filmados sobre esas supuestas operaciones que los brujos filipinos practican sin material quirúrgico, con sus dedos, sin dejar huellas en el cuerpo de sus pacientes, que además han sido sólo hipnotizados como medida anestésica, no voy a creérmelo.

—Hay muchas cosas difíciles de creer, apreciado colega. Tampoco se creía en Occidente en la acupuntura y nuestro imperio la despreció cuando estuvo dominando China; en cambio, ahora se acepta.

—Bueno, no es que yo crea en la acupuntura, pero ya está presentando bases más científicas; sin embargo, lo que dicen de esas extirpaciones hechas con los dedos y sin utilizar bisturíes ni material quirúrgico u objetos cortantes, no puedo creerlo.

—La ciencia no es algo que ya sea conocido en su totalidad. ¿Qué harían los investigadores si la ciencia fuera algo solidificado, sin posible evolución? Creo que el tiempo aclarará muchas cosas que ahora no tienen explicación, y no porque no la tengan, simplemente porque no la conocemos.

—Me parece usted demasiado crédulo para ser científico, claro que como es un psiquiatra… En fin, tengo que hacer.

El forense despidióse de ellos y el inspector observó a Trysh esperando una reacción o, por lo menos, que soltara la lengua, porque él se hallaba muy confundido.

—Parece que el forense no confía mucho en los psiquíatras.

—Los psiquiatras no usamos el bisturí de acero, sino el de la mente, eso nos hace diferentes. Es lógico que haya un tanto por ciento de hombres como el forense; otro tanto por ciento como usted y otro como yo. De este modo se guarda mejor el equilibrio y todos no somos crédulos ni tampoco incrédulos. ¿No le parece?

—¿Qué quiere que le diga, doctor Trysh? Si usted opina que guardamos el equilibrio, ¿qué hacemos con tantas guerras?

—Creo que acaba de meterme un gol, inspector.

El hombre de Scotland Yard se mostró satisfecho. Se colocó de nuevo el cigarro en la boca y echó a andar.

Una hora más tarde, se hallaban frente al Half Moon y el inspector Hastings tenía varias órdenes del juzgado en sus manos.

Los coches policiales se le habían adelantado y rodeaban la manzana.

Se habían colocado parejas de agentes en las cloacas, controlando las entradas y salidas del sector al tiempo que habían situado los neumáticos de los automóviles sobre las tapas de las alcantarillas para que éstas no pudieran ser levantadas.

—Todo en regla. Cuando se establece un cerco de esta clase, las

ratas huyen en todas direcciones, por eso hay que estar prevenidos, y como usted me ha sugerido que a ese homicida le gusta la oscuridad y debe de tener su guarida en un lugar subterráneo, abajo está todo bien controlado. No podrá escapar por las cloacas, a menos que ya no se encuentre aquí.

—Jason Underground no parece la clase de personajes que huyen por ahí si escapó del psiquiátrico y mató al doctor Willer en una alcantarilla, según lo que me ha contado usted.

—Sí, es cierto, el cadáver del doctor Willer ha ido flotando por el dédalo de túneles de las alcantarillas y hemos tenido suerte de encontrarlo tan pronto. En ocasiones, los cadáveres se enganchan en los colectores y hay cientos y cientos de kilómetros de cloacas.

—En ese caso, creo que ese Jason Underground tiene un refugio y habrá vuelto a él, tras enfrentarse a un mundo totalmente desconocido y que le habrá causado pánico.

—Habla de él como si hubiera permanecido largos años bajo tierra y emergido de pronto, descubriendo esta abigarrada y ruidosa civilización.

—Es justo lo que pienso.

—¿Y cómo se alimentaba allá abajo, con desperdicios, comía ratas?

—Inspector, lo que sospecho, pero no podremos confirmarlo si no le hacemos la autopsia y le analizamos el estómago, es que come corazones humanos.

—Sí, sí, claro, corazones humanos… Oiga, doctor Trysh, han de tener ustedes muchas pesadillas viviendo entre tanto loco, ¿no cree?

Ante el cerco policial, fueron saliendo hombres y mujeres, tanto del Half Moon como de las oscuras, sucias y lúgubres viviendas de los alrededores.

Un alto y fornido *bobby* (*Nombre que se da familiarmente a los agentes de Scotland Yard*), que aún parecía más alto de lo que era por su casco policial, les indicaba hacia dónde debían dirigirse.

Había dos furgones; allí se comprobaban las documentaciones, y los que no tenían pleitos con la justicia cruzaban el cerco, exhalando un suspiro de tranquilidad y satisfacción.

Otros que no podían demostrar claramente su identidad, pasaban al interior de los furgones, protestando. Sólo dos o tres ofrecieron resistencia; debían de tener un historial demasiado negro

que ofrecer a la justicia, pero fueron reducidos y esposados.

—Si no encontramos a Jason Underground, por lo menos podrá justificar la operación de pesca con los peces que ha metido en el furgón.

—Sí, es un consuelo —masculló Hastings—. No me gustaría nada que me enviaran a dirigir el tráfico de nuevo. Tengo algo de reuma, ¿sabe?

Dio una orden con su mano y un pelotón de policías, al mando de aquel alto sargento, capaz de desanimar al más belicoso con su sola presencia, se internaron en el Half Moon *Night Club*.

Velatorio les aguardaba con su cara pálida tomando un scotch en el mostrador de la sala superior, la que estaba a ras de calle.

—Hola, Velatorio, volvemos a vernos —le saludó Hastings.

—¿Tiene todos los papeles en regla, inspector?

—¿Quieres leerlos o consideras que aquí hay poca luz?

Ante la ironía del hombre de Scotland Yard, Velatorio se encogió de hombros displicente.

—Si ha venido es que lo tiene. Usted es un hombre que sabe que no es bueno dar un tropiezo. Ah, le prevengo que este local no se hace responsable de los antecedentes de los sujetos que estén aquí tomando unas copas, como tampoco si sus agentes descubren algún paquetito de estupefacientes tirado por un rincón. Ya sabe que cualquier abogado podría decirle…

—Ya sé, ya sé —le atajó—, que algún cliente lo ha arrojado al suelo al verse sorprendido por la policía.

—Exacto, de modo que si quiere hurgar, pase, está en su casa. Si me lo hubiera pedido directamente, se habría ahorrado todo ese coreo policial que ha colocado alrededor de la manzana. ¿Qué busca, inspector, terroristas o a una avanzadilla marciana?

—Vaya con Velatorio, no te creía tan gracioso. ¿Le cuentas los chistes también a los cadáveres de tu funeraria? En fin, dejémoslo, estamos buscando al asesino de Laly la Gorda.

—¿Al asesino de Laly la Gorda? Ah, sí, ahora recuerdo. Creo que los bobbies de la calle la encontraron tirada en un callejón, estrangulada, y se llevaron también al asesino que iba de «viaje». Un tipo raro, según me contaron. Está en el manicomio, ¿verdad?

—El doctor Trysh lo tuvo en el manicomio —repuso el inspector, señalando a Ian Trysh, el cual concluyó la explicación:

—Pero se escapó.

—En ese caso, si el inspector Hastings me coloca un día las esposas, me haré pasar por loco, puesto que es más fácil evadirse del manicomio que de las celdas de Scotland Yard.

—No sigas haciéndote el gracioso, Velatorio.

El inspector se volvió hacia la gente que todavía quedaba en el local.

—Todos fuera —ordenó—. Si nadie busca problemas, no los tendrá.

—Ya lo han oído, el club está cerrado —corroboró Velatorio—. Vayan saliendo.

El inspector Hastings se volvió hacía el gerente del local para puntualizar:

—Yo no he dicho que esté cerrado. Tengo orden de registro, pero no de clausura.

—No se apure, no le demandaré por ello. Soy el gerente del club y digo que está cerrado.

—Mejor así. Ahora, llévenos abajo.

—Como guste.

Mientras los clientes que allí estaban, algunos con sueño, otros ebrios, los más recelosos y huraños, desfilaban hacia el exterior, descendieron hacia el bar del sótano.

Allí se realizó idéntica operación, hasta que quedó vacío d£ personal.

—Ya lo ve, inspector, aquí no se puede esconder a un loco vestido con sayal de monje.

—¿Y cómo sabe que lleva sayal de monje?

—Me lo contó un bobby. No vaya a creer que lo soborné, pero los saludo al pasar. Eso sí, ustedes los de Scotland Yard son tan amables que sería un feo no saludarles.

El inspector Hastings le prodigó un gruñido y luego miró en derredor, escrutando las paredes, sus adornos. Al fin, preguntó a Ian Trysh:

—¿Dónde cree usted que se puede esconder?

—Más abajo, aquí hay demasiada luz.

—¿Demasiada luz? —repitió Velatorio, forzando el asombro en su rostro ceniciento—. Y usted que se queja siempre de lo contrario, inspector.

—Llévanos abajo, Velatorio.

—De acuerdo, de acuerdo, pero si cree que tengo un alijo de drogas o armas, se equivoca.

—Eso tengo que comprobarlo yo, Velatorio.

—De acuerdo, de acuerdo. Ya sé que usted no estima mi palabra en lo que vale.

Por la angosta puerta y la escalera de caracol, Velatorio condujo a la policía y a Ian Trysh con ellos.

Encendieron la luz del sótano, una bombilla amarillenta que brindaba escasa claridad.

Sin embargo, los hombres de Scotland Yard, como iban dispuestos a penetrar en las tinieblas en busca del homicida que Ian Trysh bautizara como Jason Underground, con una explicación que no había convencido poco ni mucho al inspector Hastings, portaban linternas muy potentes, capaces de hacer huir la oscuridad de los agujeros más tenebrosos en una profundidad de unos cien metros por lo menos.

—Ya lo ve, Inspector, cajas de cerveza, cajas de cartón, cajas de madera o plástico, algunas botellas rotas… Moho, mugre y ratas. ¿Pretende encontrar aquí al asesino de Laly la Gorda?

—¿Y esos toneles grandes?

—Bueno —dijo, como sorprendido por la pregunta—. Esos toneles llevan ahí podridos desde antes de que destetaran a mi padre, y yo no sé quién fue, me refiero a mí padre y al que puso los toneles.

—¿Qué contienen?

—¿Qué podría contener un cesto de mimbre?

—¿Qué tontería es ésa? —replicó el inspector, molesto, al ver sólo un subsótano grande pero ciego, sin salida y hediondo.

Ian Trysh trató de aclarar las palabras de Velatorio:

—Supongo que sí pusieran vino, cerveza o cualquier cosa, escaparía por todas partes. ¿Es a eso a lo que se ha referido al hablar de un cesto de mimbre?

—Pues, ¿a qué, si no?

—Sargento, compruebe si están vacíos esos toneles podridos.

—En seguida, inspector.

Tres agentes comenzaron a golpear con sus puños las maderas de los grandes, añosos y corrompidos toneles. Todos sonaban igual,

a hueco y a podrido.

—¿Convencido, inspector?

El hombre de Scotland Yard no respondió a la pregunta de Velatorio, que debió de juzgar insolente.

—Como están podridos y no sirven para nada, abra una ventanita a uno de esos toneles, sargento.

El sargento sonrió debajo de su bigote algo rubio.

Se paseó por el centro del subsótano como el hombre que se pasea ante unas cuantas correcalles y al fin decide escoger una de ellas.

El tonel elegido recibió tal patadón que tres tablas cedieron completamente hacia su interior.

Casi de inmediato, del interior del gran tonel de madera saltaron varias ratas chillando.

Velatorio sonrió y el inspector, irritado, tomó una de las potentes linternas que llevaban sus hombres y enfocó con el haz de luz el interior del tonel.

—Sólo es un nido de ratas —siseó Velatorio.

—Sí, ya veo que no hay nada. Veré si el juez puede clausurar el Half Moon por insalubre o por lo que haga falta.

—Es su derecho, inspector —le replicó Velatorio que, de reojo, controlaba uno de los toneles, sin darse cuenta de que Ian Trysh le vigilaba a él de soslayo.

## Capítulo VII

Ian Trysh encontró a Alice Darnell muy preocupada en su buhardilla. Tenía ojeras y el lugar olía fuertemente a café.

—Huele bien —comentó.

—¿Quieres un café? He hecho una cafetera grande. Si el café fuera veneno, mi sangre sería puro veneno. No pude dormir anoche.

En aquel instante, Trysh escuchó un leve maullido y descubrió al gran gato negro.

—Vaya, si es «Wagner».

—El mismo que mira y maúlla. Sus ojos me hicieron lanzar un grito de espanto en la noche. Después, ya no pude dormir.

—¿Y qué hace aquí «Wagner»?

—No lo sé. Por lo visto se metió en el «Mini» al salir de la casa del barón. Luego, salió del coche, subió las escaleras y se coló aquí dentro sin que me diera cuenta. Los gatos son muy ladinos. La verdad es que no logré conciliar el sueño escando él ahí, mirándome con sus ojos grandes y fosforescentes.

—Si te molestaba, ¿por qué no lo sacabas a la escalera?

—Porque al acercarme me ha enseñado las uñas y los colmillos. La verdad, no es un gatito para hacerle monerías. Nunca he visto a un gato tan grande, para mí que lo han cruzado con una pantera.

—¿Y qué has hecho entonces?

—Telefonear a la casa del barón Copérnico. Por suerte, en la guía está por Copérnico.

—Seguro que está por diferentes nombres, Copérnico debe de ser un nombre de batalla. Bueno, ¿y qué te ha dicho referente a «Wagner»?

—No he hablado con él, ha sido con su hermano. Me recordó y ha dicho que él mismo pasaría a buscarlo. Le he dado la dirección y estoy esperando.

—Bien, le devolveremos el gatito, que no parece tan malo como tú dices.

—Con que no, ¿eh? Mira qué uñas saca.

Alice le acercó la mano con recelo. El felino sacó la lengua y le acarició la mano; luego, le frotó la cabeza y cerró los ojos al hacerlo, como si experimentara un gran placer con el contacto.

Ian comentó burlón:

—Pues parece que no os caéis tan antipáticos.

—¡Es un ladino, un gato! Lo hubieras visto cuando tú no estabas.

—Podía estar asustado.

—Bien, dejemos al gato. La verdad es que entre taza y taza de café he tratado de aprovechar el tiempo. He cortado las telas malignas de sus marcos y las he enrollado todas para que se puedan transportar mejor a donde haga falta.

—¿Crees que encontraremos una papelera lo suficientemente grande como para meterlas todas?

—Si es una papelera cónica y sin tapa, creo que sí.

—Bien, luego nos las llevaremos. Primero aguardaremos a que venga Ernest a buscar a «Wagner».

—¿Y el doctor Willer?

—Como tu tía Laly.

—¿Muerto?

—Desgraciadamente.

—¿De la misma manera?

—Sí, en todos los aspectos.

—¿Te refieres a lo que me contaste del corazón?

—Sí.

—¿Y qué hace Scotland Yard?

—Buscar al asesino.

—Londres es demasiado grande. ¿Crees que lo encontrarán antes de que vuelva a asesinar a alguien más?

—He estado con la policía en el lugar donde se supone debe de estar ese maléfico personaje.

—¿Te refieres a las inmediaciones del Half Moon, del cual tengo una acción como herencia?

—Sí, al mismo lugar —asintió el hombre, sentándose en el borde de la cama.

«Wagner» saltó de la silla a la cama, colocándose junto al

psiquiatra.

—Y no lo han encontrado, claro; si no, ya me lo habrías dicho.

—Creo que la clave de todo está en el libro del barón, el Libro de los Alquimistas de Chelsea.

—Si lo crees tan firmemente, ¿por qué no se lo vuelves a pedir?

—Porque no me lo dará. Vi la curiosidad reflejada en su rostro. Este asunto es uno de esos que en la vida profesional de los investigadores, sean de la especialidad que sean, sólo se presentan una vez en la vida y el barón Copérnico querrá aprovecharla. Imagínate lo importante que sería considerado si lograra comunicarse con ese ser una vez publicados sus crímenes. El barón adquiriría un gran prestigio; además, se trata de un placer personal. Él no es ningún embaucador. Aunque esté equivocado, cree realmente en lo que hace y muchas cosas de las que ocurren son ciertas, sólo que él les da distinto nombre al que les daría la ciencia. A estas horas, ya se habrá informado en la Morgue de lo sucedido al doctor Willer y querrá encontrar por sí mismo al loco homicida. Estará completamente convencido de que el hombre que estuvo recluido en el psiquiátrico Victory es, ni más ni menos, que el mismísimo Jason Underground, el alquimista que desapareció hace siglos.

—Pero eso es una tontería, es totalmente imposible.

—Sí, parece imposible, pero no lograrías convencer a un hombre que cree en el regreso de los muertos. Hay muchos como él y no es una tontería moderna, es una creencia que se ha sostenido durante milenios. La creencia en el regreso de los muertos es tan antigua como la historia de las religiones.

—No puede ser, ese hombre murió o desapareció, pero han transcurrido siglos. No irás a creer que un hombre puede subsistir a lo largo de cientos de años.

—No, no lo creo. Me inclino a pensar que un demente ha tomado la personalidad de ese Jason Underground, lo que no me explico es cómo ha ocurrido. Es una de esas historias secretas que no están al alcance del vulgo como pueden estarlo las leyendas del conde Drácula o del Hombre Lobo. La historia del alquimista de la serpiente blanca no está ni siquiera al alcance de los profesionales del espiritismo y las ciencias ocultas, pese a los libros que se editan en la actualidad respecto a la magia negra, Satanás, etcétera.

—Si piensas que el barón puede encontrar a ese asesino, ¿por qué no se lo has contado a Scotland Yard?

—Eso sería tanto como admitir que creo en las reencarnaciones o en la supervivencia de seres que se consideran muertos hace siglos. Lo que opino es que si el barón halla la clave del escondrijo de Jason Underground, puede encontrar al ser que buscamos. Lo que el barón ignora es lo peligroso que puede llegar a ser.

—¿Por qué no se lo adviertes?

—No me escucharía. En estos momentos, sólo tiene una idea fija entre ceja y ceja: encontrar a Jason Underground y comunicarse con él, estoy seguro de ello.

Tomó la taza de café que le servía Alice y justo cuando se la llevaba a los labios, tocaron el timbre de la puerta.

La joven desvió su mirada hacia la puerta y luego se acercó para abrirla, descubriendo al pequeño, flaco y ceremonioso Ernest, hermano del barón Copérnico.

—Ah, ya está usted aquí.

—Venía a buscar a «Wagner».

—Pase, por favor. Ahí está el gato.

Ernest penetró en la pequeña buhardilla y el gran gato no pareció muy feliz al verle.

—No entiendo cómo pudo llegar hasta aquí. Nunca se ha alejado tanto de la mansión de mi hermano el barón.

—¿Dónde está el barón ahora?

A la pregunta de Trysh, Ernest respondió con naturalidad.

—Le he dejado en un *night club*, luego tengo que pasar a recogerle en el coche.

—¿Ese club es el Half Moon?

—Sí. ¿Se lo ha contado mi hermano el barón? —repuso ceremonioso, conocedor del favorable trato que su hermano dispensaba al psiquiatra.

—Dígame, Ernest, ¿iba solo?

—No, no iba solo.

—¿Quién le acompañaba entonces?

—*Frau*.

Alice miró a Trysh interrogante; ella no sabía quién era *Frau*.

—La médium… —Gruñó Trysh. Se tomó el café de golpe y se puso en pie—. Vamos.

—¿Adónde? —interrogó Ernest.

—Al Half Moon.

—Pero ¿no has dicho que la policía no ha encontrado nada? —le recordó la muchacha.

—La policía no, pero el barón es distinto. El lleva a *Frau*.

—¿Y qué importancia tiene eso? —le preguntó Alice.

—El barón utiliza a *Frau* como detector. En realidad, una médium es una persona con facultades paranormales, extrasensoriales y que se apartan de lo corriente. Y si ha sido escogida por el barón, es que la médium es buena. Ella es capaz de captar por hiperestesia o telepatía emisiones cerebrales de otras personas aunque, conscientemente, no se entere de nada. *Frau* no sabe aprovechar sus cualidades, por eso ha de intervenir un hombre como el barón.

—Entiendo, por eso se dan tantos aciertos en las reuniones espiritistas.

—Exactamente. Como médium puede servir hasta un subnormal, sólo actúa como emisor.

—A mí me ha extrañado que fuera a ese lugar de mala nota, pero usted, doctor Trysh, conoce bien el interés de mi hermano el barón por los hallazgos históricos que tengan algo que ver con el hermetismo, la alquimia o el espiritismo. Ya sabe usted cuáles son los temas que le apasionan.

—Sí, lo sé, pero ¿ha dicho algo sobre el Half Moon?

—Creo que ha comentado que se había edificado sobre unas ruinas muy antiguas que le interesaban mucho.

—¿Unas ruinas antiguas? ¿Y llevaba consigo un libro rojo oscuro con cierres de plata?

—Parece usted la médium *Frau*, doctor Trysh, lo ha acertado.

—Alice, creo que cuando estuvo allí Scotland Yard no buscó lo suficiente y si el barón lleva consigo a *Frau*, puede hallar lo que el ojo humano no ha sabido ver.

—¿Y qué hacemos ahora?

—Hay que actuar y rápido. El barón Copérnico ignora que se ha metido en la boca del lobo y que ese lobo puede cerrar sus fauces, decapitándolo.

# CAPÍTULO VIII

Velatorio observó a aquel hombre flaco, conspicuo, que vestía un ajustado y largo abrigo negro que lo hacía parecer aún más delgado.

La media chistera, también negra y brillante con que cubría su cabeza, le convertía en algo incongruente dentro del Half Moon *Night Club*.

Junto al barón Copérnico había una mujer, sí, era una mujer pese a tener cara de hombre y un vello labial que casi podía llamarse bigote.

Tenía expresión estúpida y su mirada era desvaída, vacua. Era baja y aún lo parecía más al lado del barón Copérnico.

«Baja y fuerte como un toro —pensó Velatorio—. Pero ningún hombre daría un chelín por acostarse con ella».

—¿Y dice que va a pagarme cien libras? —preguntó Velatorio, entre sarcástico o incrédulo.

—Eso he dicho, y cien más si mañana se pasa por mi casa.

El barón semejó sonreír, pero a los ojos de Velatorio, que no le conocía, no sonrió.

—¿Y por qué mañana y no hoy?

—Muy sencillo —replicó el barón—. Hoy podría cometer la tontería de darme un porrazo cuando estemos abajo y quedarse con lo que llevo puesto, pero como iba a sacar menos que las cien libras que le daré mañana, no le conviene y así estoy seguro.

—¿Cree que soy un ladrón? —preguntó entre dientes.

—Sólo me preocupo por mi persona, sé dónde estoy.

—¿Y ella? —Llegó a preguntar Velatorio, pero antes de obtener respuesta, ya echaba a andar para que le siguieran.

No importaba lo que quisiera o dejara de querer aquella mujer silenciosa y huraña que parecía cretina completa. No entendía cómo

acompañaba a aquel tipo elegante y distinguido que se las daba de listo.

Les condujo al sótano. Cuando se acercaban a la puerta de aquel subsótano que a todos parecía interesar tanto, se volvió hacia el barón Copérnico y exigió:

—El dinero ahora.

—De acuerdo.

Sacó unos billetes que no eran nuevos pero estaban bien doblados, como preparados de antemano. El barón no parecía dejar nada al azar.

Velatorio miró receloso el grueso y pesado libro que el barón Copérnico llevaba bajo su brazo y cuando se hubo guardado el dinero en el bolsillo, sin contarlo, pues le parecía que aquel individuo que se había preocupado tanto de colocar y doblar bien los billetes no le iba a escamotear ninguno, preguntó:

—¿Qué es ese libro?

—Un libro de historia. En él se habla de que aquí existió una mansión hace siglos, que la mansión fue saqueada y quemada. Estuvo largó tiempo en ruinas y después se edificó encima aprovechando los cimientos, que eran muy buenos y pétreos.

—Si sólo es eso… Le advierto que si abajo no encuentra lo que busca no le voy a devolver su dinero.

—Ni yo voy a exigírselo.

—Parece que usted y yo, aunque sea un tipo raro, nos vamos a entender.

Sin darse cuenta. Velatorio había dicho que él podía ser tan raro a los ojos de un tercero como el mismísimo barón Copérnico.

A *Frau* no le parecían raros uno ni otro, a ella no le parecía nadie raro porque a nadie miraba. Iba callada y si hubiera comenzado a hablar, lo habría hecho en alemán.

—¿Nos van a dejar solos?

—No, no puedo —denegó Velatorio sonriendo, pensando que aquel tipo que se las daba de zorro aristocrático iba a llevarse un chasco abajo como se lo había llevado Scotland Yard.

Pero Velatorio, un sujeto acostumbrado a cuidar de los muertos en la funeraria, de los borrachos y drogados y correcalles en el antro del que era gerente, ignoraba lo que podía llegar a hacer una médium de aspecto acretinado como *Frau*, pequeña y maciza como

un macaco.

—Apague la luz, aquí hay demasiada luz —pidió el barón.

—No te fastidia… Todos dicen que hay poca luz con esta maldita bombilla amarillenta y ahora viene usted y dice que hay demasiada luz. Si la apago, nos quedamos a oscuras.

—No tema, yo traigo un cabo de vela. La encenderemos y la pondremos en un rincón con algo delante para que la luz sea muy leve e indirecta.

—¿Qué es lo que se propone usted? —Gruñó el hampón, comenzando a recelar.

Poseía una funeraria; sin embargo, no le gustaba el olor a cera quemada.

—Buscar algo muy importante para mí.

—Si busca piedras antiguas, quitándose la luz las encontrará menos. La verdad, pensé que buscaba alguna inscripción en alguna piedra o algo por el estilo.

—Seguro que las hay, pero posiblemente están ocultas a la vista.

Velatorio no pudo impedir que el barón Copérnico, tras dejar a *Frau* en mitad del subsótano, colocara su vela en un rincón del suelo, detrás de una caja, y la encendiera. Luego, Velatorio se encogió de hombros y apagó la luz eléctrica.

—¿Cuánto va a durar este Juego?

—Cállese ahora. Si vuelve a hablar, mañana no le pago las cien libras.

—De acuerdo, de acuerdo. Me sentaré en esta silla y veré qué sucede. Hace tiempo que no voy al teatro.

El barón Copérnico sacó una tiza de su bolsillo y pintó en el suelo una gran cruz sauvástica, es decir, la inversa de la svástica. Velatorio desconocía el significado negativo del símbolo y siguió mirando interesado.

Luego, el barón encerró la cruz sauvástica dentro de un círculo, pero no era un círculo vulgar, aquello parecía una serpiente que se mordía la cola. Cogió a *Frau* por el brazo y la situó en el centro de la cruz sauvástica, dura en sus ángulos que tenían una dirección contraria a la aparentemente seguida por el sol.

La médium se dejaba llevar dócilmente.

Con los ojos ya habituados a aquella penumbra, el barón abrió el libro y comenzó a hablar en alemán, por lo menos, así se lo pareció

a Velatorio. El barón insistió en un nombre, aquel nombre lo entendió con claridad. Era Jason Underground.

Pasaron los minutos que a Velatorio le parecieron siglos.

La médium comenzó a sudar y a gorgotear algo. Semejó estremecerse, era como si bailara algo raro y grotesco.

El barón continuaba hablándole. Era evidente que ejercía un gran poder de sugestión sobre aquella mujer. Copérnico fue bajando el tono de su voz y, al mismo tiempo, la médium la fue elevando hasta lanzar gritos o aullidos.

Allí dentro, hasta las ratas chillaron de pavor y comenzaron a saltar de una parte a otro, como si en cada lugar donde cayeran hubiera una plancha al rojo vivo que la obligara a saltar de nuevo para no quemarse.

De pronto, Velatorio sintió miedo. Quiso terminar con aquello pero no pudo, ningún sonido brotó de su garganta. Era como sí sus cuerdas vocales se hubieran roto y notó que tenía frío en los ojos y que sus manos estaban empapadas.

El frío pasó de sus ojos al resto del cuerpo. El subsótano, iluminado por un cabo de vela medio oculto, parecía haberse convertido en un frigorífico lleno de gélida y mortífera nieve que comenzaba a congelarle vivo.

De improviso, la tapa de uno de los toneles se abrió sola, sin que nadie la empujara, sin que nadie moviera el resorte que la abría.

Velatorio conocía bien aquel hueco por el que arrojara a Laly la Gorda con el estómago lleno de droga.

No había sido la única en ser arrojada por allí. Velatorio tenía noticias de que allí existía una especie de pozo disimulado con el tonel y que conducía a unas galerías subterráneas muy antiguas que ni los servicios de la división de colectores conocían.

Londres era una ciudad demasiado vieja para pretender conocer todos los pasadizos secretos que ocultaba bajo su suelo, todas las galerías extrañas en las que de vez en cuando, desaparecían las gentes sin que nadie volviera a encontrarlas jamás.

En los días de lluvia, muchas de aquellas galerías se Inundaban por completo, a causa de grandes filtraciones.

Pero Velatorio sabía que ni él ni nadie se habían atrevido a meterse por allí. Siempre le habían dicho que el Half Moon encerraba algo maligno, él ignoraba qué era y lo cierto es que

aquello le había favorecido para crear un ambiente determinado.

Ahora empezaba a saber qué era y ni siquiera notó que, de pronto, comenzaban a encanecer sus cabellos. Lo que había ocurrido en décadas sucedía ahora en breves instantes.

En el hueco del tonel acababa de aparecer una figura.

Era como un monje a juzgar por el sayal que vestía, pero el barón Copérnico sabía que aquel talar, en el Medioevo, lo habían usado los monjes, pero también quienes no lo eran.

Las manos eran esqueléticas, por lo menos así se lo parecieron a Velatorio cuyos ojos parecían ir a saltar de sus órbitas cuando lo que él deseaba era cerrarlos.

Aquel ser fantasmagórico era horrible.

Su rostro, pese a conservar una piel apergaminada, era una calavera y tenía largos cabellos blancos. Sin embargo, lo que más obsesionaba de él eran sus ojos, unos ojos que parecían totalmente blancos, unos ojos que semejaban irradiar luz propia.

El barón Copérnico con su Libro de los Antiguos Alquimistas de Chelsea en la mano, se estremecía y sudaba de emoción. El éxito le estaba sorprendiendo a él mismo, que lo había preparado todo para que los hechos se sucedieran tal como estaban ocurriendo.

*Frau*, la médium, se derrumbó sobre la cruz sauvástica. Seguía gorgoteando, ahora en tono muy quedo, cosas ininteligibles y mojaba el suelo con las babas que escapaban por sus labios.

—Jason Underground, el alquimista inmortal, el protegido de Mammy White, una de las fuerzas del averno que siempre mora en las tinieblas…

—¿Quién eres tú que osas llamarme, qué sabes de mí? —preguntó aquel ser con voz cavernosa que parecía provenir de ultratumba, del fondo de aquellas galerías subterráneas, desconocidas y siempre en tinieblas.

—Soy el barón Copérnico y vengo a hablar contigo, a saber de tus poderes.

—¿Mis poderes?

Comenzó a reír lentamente pero cada vez más fuerte, de modo que semejó que hasta las paredes graníticas y húmedas se estremecieran.

Las ratas dejaron de saltar y se acurrucaron en las oquedades más profundas del lúgubre subsótano.

Velatorio hubiera querido frotarse los ojos, pero estaba atenazado en la silla por algo más fuerte que unas cadenas o cables de acero.

Tiritaba, sentía helarse hasta las entrañas de su ser, mas no podía hacer nada para escapar, ni siquiera taparse los oídos con las manos para dejar de oír aquella risa tan grave y cavernosa como fuerte y retumbante. Al mismo tiempo, veía la boca abierta de aquel ser que el barón Copérnico había dado en llamar Jason Underground.

El barón Copérnico, por su parte, sentía un intenso dolor en sus sienes, como si se las estuvieran oprimiendo con grandes tenazas de acero, pero aguantaba, tenía que aguantar para conocer los poderes ocultos y siniestros de aquel ser infernal que estaba ante él, a pocos pasos de distancia.

La transmisión telepática de la médium había logrado llamarlo y atraerlo, en un terrible esfuerzo por parte de la médium, superior a todo lo que había hecho jamás, y era muy posible que aquel esfuerzo le costara la vida.

—Jason Underground, te suplico que me concedas el honor de ser tu discípulo para llegar a tus conocimientos.

Aquel cadáver viviente dejó de reírse y fue como si un silencio total y absoluto invadiera el subsótano. Nada, absolutamente nada hacía ruido… Es decir, se escuchaba el retumbar de los corazones.

*Frau* había exhalado un último suspiro tras unas violentas contracciones de sus piernas gordas y torpes. Había sido el postrer contacto con las fuerzas ocultas, vedadas a la mayoría de los mortales.

—¡Mammy White, Mammy White! —Invocó Jason Underground, clavando en Velatorio sus ojos blancos, con vida propia—. ¡Quiero una vida más, una vida más para éste tu humilde siervo!

Y señaló a Velatorio con el índice esquelético de su mano izquierda.

El barón Copérnico miró a Velatorio que, de pronto, se llevó las manos a la garganta como si algo se le hubiera enroscado en ella y gritó:

—¡No, Sáquenme esta maldita serpiente del cuello, sáquenmela!

Saltó de la silla, se tambaleó. Seguía con las manos agarradas a

su cuello y el barón le miraba sin comprender.

Allí no había ninguna serpiente; sin embargo, parecía como si Velatorio la estuviera viendo, como si se sintiera estrangulado por ella. Fue adelante y atrás, cayó, gateó y se revolcó sin soltar su cuello que oprimía entre sus propias manos.

Jason Underground, el alquimista de Chelsea, se mantenía a distancia.

—Ha muerto —gruñó el barón.

—Sí, Mammy White lo ha matado.

—Mammy White, no; se ha matado él mismo. No tiene ninguna serpiente en el cuello, se ha estrangulado con sus propias manos. Tú lo has hipnotizado y le has obligado a matarse.

—Es el poder de Mammy White, ella mata para mí. Ella es invisible, pero su espíritu está aquí.

Abandonó el hueco del tonel y avanzó hacia Velatorio. Se arremangó la manga del sayal, abrió la boca del muerto y comenzó a introducir su mano esquelética hacia el interior de la misma mientras gruñía palabras incomprensibles y movía su brazo como siguiendo extrañas curvas al tiempo que, con la diestra, hacía signos en el aire.

Las mandíbulas de Velatorio se fueron desencajando. Semejaba una serpiente constrictora abriendo sus fauces y devorando a su presa, pues el brazo de Jason Underground desaparecía en el interior del cuerpo como si éste realmente lo engullera.

Movió más su brazo y luego lo sacó. La boca de Velatorio se cerró y en la mano esquelética del alquimista, nacido en alguna oscura y tenebrosa madrugada del siglo dieciséis, apareció el corazón de Velatorio.

—Mira, barón Copérnico, mira el corazón de este infeliz. Está caliente, es mío ahora… Me lo ofrece Mammy White porque yo se lo he pedido para vivir una vida más.

—¿Una vida más? —repitió el barón, temiendo que su boca temblara de miedo al hablar.

—Cada corazón que devoro en esta forma es una vida más que tengo por delante. Lo que ignoro siempre son los años de vida que le quedaban a ese corazón. Todo está escrito, pero yo no lo sé, no alcanzo a tan altos poderes, sólo propios del Príncipe de los Infiernos.

—Y de Dios —rectificó el barón Copérnico.

Jason Underground, que había puesto el corazón caliente de Velatorio entre sus fauces y ya lo había mordido, al oír el nombre de Dios lanzó un rugido y escupió el corazón sin haberlo llegado a devorar. Su boca quedó manchada de sangre.

—Has venido a perturbar mi paz, barón Copérnico, como aquella loca que tenía fuego en el interior del corazón, un fuego ponzoñoso que me enloqueció. Me sujeta ron y ataron ignominiosamente, a mí, al protegido de Mammy White. Aquella vieja loca chilló en las tinieblas de mi morada y tropezó con mí catafalco, volcando mi ataúd de madera de ciprés y revestido de plata, con una maldita cruz encima… —Rugió como desesperado, añadiendo—: Allí donde me encerraron mis enemigos para que morase toda la eternidad inmóvil y sujeto dentro de la caja que era mi cárcel.

»Pero mi cuerpo, al tropezar ella, rodó y quedé libre. Necesité ansiosamente vivir, porque había ido viviendo de cuantos corazones calientes me había proporcionado Mammy White en el esplendor de mi poder, rodeado del furor de mis enemigos que vieron como sus hijos y doncellas morían, porque Mammy White me regalaba a mí sus vidas.

»Necesité devorar el corazón de la vieja, pues no sabía cuánto tiempo me quedaba de vida, y enloquecí. Y ahora, tú vienes a perturbarme nombrando al enemigo secular de Mammy White, protectora y a la vez concubina del Príncipe de los Infiernos. Tú has osado atacarme.

—No, no te he atacado —balbució el barón, cayéndosele el libro al suelo—. Venía a ayudarte. Yo sé que incendiaron tu mansión y que te habían condenado a yacer encerrado en un ataúd de plata hasta que las vidas que habías obtenido por tu protectora Mammy White se consumieran y tú murieras como ellas, ya dentro del ataúd.

—¡Mientes! —rugió—. ¡Mammy White, Mammy White!

El barón Copérnico se sintió enloquecer al ver como las fauces de aquel ser monstruoso, como salido del averno, se abrían ante él, invocando la protección demoníaca. Quiso escapar pero no pudo.

—¡Quiero su vida! —siguió rugiendo Jason Underground.

Bruscamente, la luz eléctrica se encendió. En la escalera

aparecieron tres personajes: Trysh, Alice y Ernest, cuando el barón Copérnico ya se había llevado las manos a su propio cuello y comenzaba a estrangularse por sí mismo.

La luz de la bombilla, pese a ser escasa, hizo rugir de rabia y furor a Jason Underground que cerró los ojos y le dio la espalda. Quiso regresar a la boca del tonel por la que había salido y que debía conducirle a su morada, pero tropezó con el cuerpo de la médium muerta y cayó al suelo, pues él no era un espíritu, sino un ser de carne y hueso bajo la especial protección de Mammy White, una de las fuerzas infernales que él descubriera hacía siglos.

Ian Trysh portaba en sus manos un frasco de cristal que contenía un líquido transparente. El frasco tenía un tapón y una mecha que emergía. Sacó su mechero y prendió fuego a la mecha, apareciendo una llama azulada. Luego, gritó:

—¡Con este espíritu de la vida, que contiene unas gotas de agua bendecida en la casa de Dios, yo te maldigo, protegido de las fuerzas del Mal, te maldigo y pido tu destrucción!

Arrojó aquel cóctel Molotov, hecho con alcohol en vez de gasolina, sobre aquel ser infernal que pretendía escapar hacia su soterrada morada.

La botella estalló y lo envolvió en las llamas azuladas que expandieron en derredor un gran calor y una viva luz.

En medio de las llamas, Jason Underground rugió sin poder escapar a un fuego bendito que lo envolvía, lo empapaba y quemaba su sayal. Su piel se retorcía, enroscándose sobre sí misma, deshidratándose, dejando el esqueleto desnudo.

Todo se llenó de fuego, los toneles comenzaron a arder y las ratas a chillar.

Ernest gritó:

—¡Hermano, hermano!

Ian saltó por la escalera y cogió las manos del barón Copérnico cuando éste ya se estaba asfixiando a sí mismo. Le golpeó el mentón, asestándole un fuerte puñetazo que el viejo espiritista no pudo soportar y quedó inconsciente.

Ian Trysh lo cargó sobre sus hombros y corrió hacia la escalera, gritando:

—¡Arriba, arriba, esto está ardiendo, hay que llamar a los bomberos!

Corrieron hacía las partes altas del Half Moon y todos abandonaron apresuradamente el lugar a la voz de: «Fuego».

Y ocurrió que unas fuerzas extrañas, invisibles, pero de las cuales Ian Trysh y Alice no dudaron, congestionaron el tráfico y bloquearon el paso de los bomberos, de modo que cuando éstos llegaron, toda la manzana ardía y comenzaba a derrumbarse en medio de voraces llamas que pretendían alcanzar el cielo londinense.

# EPÍLOGO

El inspector Hastings preguntó al doctor Ian Trysh, jefe del pabellón psiquiátrico para pacientes peligrosos en el Victory Hospital:

—¿Ha visto cómo ha quedado la manzana en que se hallaba el Half Moon?

—Sí, las excavadoras no sólo la han arrasado, sino que han profundizado.

—Creo que van a hacer unas galerías comerciales. Ya le tenía yo ganas a ese lugar.

—Pues está listo.

—Oiga, ¿seguro que el fuego fue fortuito?

Ian Trysh tuvo que mentir, sonriendo. Alice, a su lado, le secundó.

—Que se lo diga mi esposa, inspector. Ella estaba presente.

—Después de todo, ¿qué importa que digan lo contrario? En el juicio así se dictaminó y todo por culpa de ese loco espiritista del barón Copérnico. Por cierto, ¿cómo sigue?

—Mal, muy mal, su mente está desequilibrada, no se recuperará jamás. Sólo cuenta cosas en balbuceos, delira, sueña despierto. Carece de lógica todo lo que dice. No se puede jugar en demasía con ciertas cosas que el hombre no alcanza a comprender todavía.

—Sí, tanto espiritismo y tanta magia son malos, la gente se vuelve loca.

—Como el barón Copérnico —remató Alice.

—¿Y su hermano, aquel hombre pequeñito que gritaba tanto cuando encerraron al barón en el psiquiátrico?

—Está en un asilo, se ha derrumbado también. Dependía totalmente de su hermano. En fin, ya no hay nada que hacer.

Por entre las piernas de Trysh apareció la cabeza maullante de un enorme gato negro.

—Diablos, ¿de dónde ha sacado un gato tan grande? Parece una pantera.

—Se llama «Wagner» —aclaró Alice—, y siempre anda por el hospital. Pasa las noches a los pies de la cama del barón y se ha hecho amigo de muchos internos. Como no ha causado daño alguno, la dirección del hospital, a petición de Ian, le permite estar aquí.

—Pues no entiendo qué ven los locos en él, a mí me parece siniestro y demasiado grande. Por si acaso, no le acercaré mi mano. ¿Cómo dicen que se llama?

—«Wagner» —repitió Ian Trysh, cogiendo por la cintura a su esposa y ayudante.

—Bueno, «Wagner», adiós.

El inspector se alejó por el largo corredor del antiguo hospital, seguido por la mirada del matrimonio Trysh y los ojos fosforescentes de un enorme gato negro llamado «Wagner».

**FIN**



Rafael Barberán Domínguez (Barcelona, 1939), más conocido por el pseudónimo de Ralph Barby es un escritor español de novelas populares, también conocidas como bolsilibros o «libros de a duro» en referencia a su bajo precio.

Estrechamente vinculado a la Editorial Bruguera, Rafael Barberán forma parte de los escritores de la Literatura popular española, junto con otros autores como Corín Tellado, Marcial Lafuente Estefanía, Frank Caudett o Silver Kane.

Bajo el pseudónimo de Ralph Barby estaba también su esposa, Àngels Gimeno, con la que compartía la tarea de escribir.

La lista total de los libros publicados por Barby cuenta con más de un millar de títulos y más de quince millones de ejemplares vendidos sólo en español, a los que habría que sumar otros tres millones en portugués.

Empezó publicando novelas bélicas y del oeste en las colecciones de las editoriales Ferma y Toray, aunque su éxito llegó poco después con las novelas de ciencia ficción y horror que publicó en las colecciones de la editorial Bruguera, con la que firmó un contrato de exclusividad que duró más de dos décadas.

Con el cierre de Bruguera, a mediados de los años ochenta, Rafael Barberán y su mujer crearon su propia editorial, Ediciones Olimpic. Con ella publicaron numerosas novelas del oeste y de terror.

Una de sus novelas del oeste, Cinco mil dólares de recompensa, fue llevada al cine en 1974 por el director mexicano Arturo Ripstein.

Personajes estereotipados y relaciones tópicas son las características principales de sus historias, narradas casi siempre con gran desenfado, muy típico de la época en la que fueron escritas.